[334:9]

UN HOMBRE SERIO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

A. SÁNCHEZ PEREZ

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 14 de Abril de 1891

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1891

220

A Emilio Mario

Querido amigo mío: Ya que no ha permitido usted que su nombre figure—como era de justicia y yo deseaba—en la cubierta de esta obra, que debe á usted tanto como á mí, ó más que á mí, permítame que se la dedique; lo cual, en lo que á usted atañe, es como si la dedicara usted á sí mismo, y en lo que á mí toca es solamente dar á usted lo que de derecho le corresponde.

En la absoluta imposibilidad de expresar, medianamente siquiera, lo que siento muy bien, renuncio á dar á usted público testimonio de mi gratitud y de mi admiración por ese entusiasmo perseverante, por ese amor al arte escénico, por ese amistoso cariño que ha puesto usted al servicio de nuestra *comedia y á los que se debe, sin duda, la envidiable acogida que el público le ha dispensado.*

Suplico á usted encarecidamente que se haga intérprete, para con esos mis excelentes amigos y animosos colaboradores que, bajo la acertada dirección de usted, han representado tan magistralmente UN HOMBRE SERIO, *del profundo agradecimiento con que he de recordar siempre de qué manera, todos y cada uno, contribuyeron á un resultado muy superior á mis esperanzas.*

Sabe usted de antiguo que es de veras amigo y admirador de usted

A. Sánchez Pérez.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOROTEA, *Marquesa de Pozo Hondo*	SRTA. BERNAL.
TULA	SRA. GUERRA.
RAFAELA	SRTA. MARTÍNEZ.
LUISITA	RUIZ.
CRISTINA	CANCIO.
ROSARIO	SRA. LAMADRID.
DON LUIS DE POZO HONDO	SR. G.ª ORTEGA (L.)
DON CARLOS	MARIO.
EL GENERAL FERNÁNDEZ	ROSSELL.
DON GERMÁN	MONTENEGRO.
LEANDRO	BALAGUER.
FÉLIX	G.ª ORTEGA (F.)
FRANCISCO	URQUIJO.
MAYORDOMO	MARTÍNEZ.
CABALLERO 1.º	PAREDES.
IDEM 2.º	MORALES.

Dos mozos, criados

La escena se verifica en Madrid: los actos primero y tercero en casa de los Marqueses de Pozo Hondo; el segundo en casa de Rafaela

ÉPOCA ACTUAL

ACTO PRIMERO

Sala de confianza, amueblada con lujo y con buen gusto. En el fondo galería de crisiales que dá paso al jardín, cuyos árboles han de verse por la puerta y por sendos balcones, situados á derecha é izquierda de la misma. A la derecha puerta que conduce á la habitación del Márqués; á la izquierda otras que dan al interior y al resto de la casa.

ESCENA PRIMERA

LEANDRO, FELIX y FRANCISCO

(Desde que se levanta el telón han de oirse, y sobre todo cuando el diálogo lo indique, vocerío y carcajadas de niños, que se supone juegan en el jardín.—Leandro discute con Francisco, el cual parece como si defendiese la entrada de la habitación del marqués. Félix mira con atención por uno de los balcones del foro.)

LEAD. ¿De manera que no puedo ver á mi padre?

FRAN. Señorito, lo siento mucho; pero eso me han mandado, y ya comprenderá el señorito que yo... (Cambiando de tono.) El señor marqués está trabajando.

LEAN. (Pero su trabajo no le había impedido nunca recibirme.)

FEL. (Sin dejar el balcón, pero dirigiéndose á Leandro.) Oye tú, ¿quién es aquel diablillo enredador que grita y ríe por cuatro?

LEAN. (Se acerca al balcón.) Pepín, mi hermanillo. ¡Es más revoltoso!...

FÉL. ¿Y aquella señora tan seria?

LEAN. Mi madre.

FÉL. Tu madrastra, querrás decir.

LEAN. (Serio.) Yo la llamo madre. No he conocido otra, y como á madre la quiero.

FÉL. Chico, ¿sabes que es muy hermosa?

LEAN. Sí, muy hermosa; pero ese es el menor de sus atractivos. ¡Es tan buena, tan buena!... Yo la quiero con toda mi alma. Pero tu madre la conoce; son íntimas amigas. Pregúntala, y ya verás lo que te dice.

FÉL. ¿Por qué no me presentas?

LEAN. No tengo ningún inconveniente. Saldremos por el jardín y allí se verificará el solemne acto de la presentación.

FÉL. Ella, de seguro, habrá oído hablar de mí, y aun, acaso, me haya visto alguna vez; pero no me conocerá. ¡Era yo tan pequeño cuando me llevaron á Inglaterra!

LEAN. (A Francisco.) Pues nada; dí á mi padre que he procurado hablarle antes de acudir á la cita con mi jefe, y que ya le enteraré de lo que allí ocurra.

FÉL. Dile que yo deseaba darle un abrazo. (A Francisco en son de broma.) Pero no vayas á contarle nada de lo que hemos hablado de... París.

FRAN. (Riéndose.) Descuiden los señoritos. Seré mudo.

FÉL. Valdría más que hubieras sido sordo.

LEAN. ¿Vamos, Félix?

FÉL. Andando. (Vanse Leandro y Félix por el foro.)

ESCENA II

FRANCISCO. Luego DON LUIS

FRAN. (Riéndose.) ¡Já, já! Es el demonio este muchacho. Luego, como de suyo es guapo, y tiene... vamos... (Pausa.) ¡Vaya unas historietas que se trae! ¡Já, já!

LUIS (En traje de calle y con sombrero.) ¿Estás riéndote solo, idiota?

FRAN. Perdone el señor marqués... pero... acaban de salir de aquí los señoritos.

LUIS ¿Qué señoritos?

FRAN. El señorito Leandro, que deseaba ver al señor; pero como el señor me había dicho... yo... no...

LUIS Has hecho bien; ¿y el otro?

FRAN. El señorito Félix.

LUIS ¿Mi ahijado? ¿Con que ha vuelto de París esa buena pieza?

FRAN. Sí, señor marqués, y viene muy buen mozo y muy... ¡vaya! también él quería saludar á su padrino.

LUIS ¿Y era tan gracioso lo que decían, que todavía te estás riendo?

FRAN. Pues, con permiso del señor, como gracioso sí era gracioso... porque andaba de por medio una mujer; una... ¿cómo la llamaban?... vamos una... en fin, ya el señor me comprende... una mujer de esas que hay por allá... ¡no, y por acá también! y que estaba loca de amor por el señorito.

LUIS (Alarmado.) ¿Por mi hijo?

FRAN. Cá, no; por el otro; y...

LUIS (Impaciente.) Basta ya; ¿qué me importa á mí todo eso? (En el jardín se oyen más distintamente las voces de los niños.) ¿Qué algarabía es esa?

FRAN. Son los niños que juegan en el jardín.

LUIS ¡Es delicioso! ¡Qué afán de traer aquí á toda la chiquillería del barrio! (Alto.) A ver cómo te las arreglas para que cuando vuelva yo, que volveré en seguida, haya terminado ese jolgorio. Para muchachos, me bastan con los míos, y aún me sobra. Hasta luego. (Vase.)

ESCENA III

FRANCISCO luego DOROTEA

FRAN. ¡Puf! ¡qué genio! Por supuesto que al señor le sucede algo muy extraño. Está desconocido... antes tenía sus prontos y... pero lo

que es ahora no hay quien pueda sufrirlo... (La marquesa)

DOR. ¿No ha venido mi hermano?

FRAN. Me parece que no, señorita; preguntaré.

DOR. Sí, hágame usted el favor, Francisco. Mire usted si Cristina ha vuelto.

FRAN. Al instante. (Esta sí que vale cualquier dinero.)

ESCENA IV

DOROTEA después CRISTINA

DOR. (Suenan horas.) Las diez ya: es inexplicable la tardanza de Carlos. ¿No habrá recibido mi carta?

CRIS. ¿La señorita me llamaba?

DOR. ¿No ha venido todavía mi hermano?

CRIS. (Mueve negativamente la cabeza.) Mientras la señorita ha estado en misa, no me he movido del recibimiento.

DOR. ¿Estás segura de que le llevaron mi carta?

CRIS. Segurísima.

DOR. ¿A quién enviaste?

CRIS. A nadie; la llevé yo misma.

DOR. ¿Tú?

CRIS. Me pareció que la señorita tenía interés en que llegase pronto.

DOR. Te pareció la verdad, Cristina; muchas gracias.

CRIS. ¡Por Dios! mi único deseo es que la señorita esté contenta.

DOR. Lo sé, Cristina, lo sé y te lo agradezco. (Se oye la voz de Tula.) ¿Quién viene?

CRIS. (Se aproxima á la puerta, mira y se vuelve.) Es la señora de Hernández.

DOR. ¡Sea todo por Dios! Esta buena señora no me dejará estar á la mira de los niños. Haz el favor de bajar al jardín, cuida de que no se hagan daño. Son tan traviesos... ese Pepín... por Dios...

CRIS. Esté descuidada la señorita. (Vase.)

ESCENA V

DOROTEA y TULA

TULA (Pronunciación andaluza bastante marcada, aunque sin afectación.) ¡Oh! querida marquesa, no puede usted figurarse lo que me alegro de encontrarla tan valiente... y tan (Mirándola con fijeza.) Porque usted está muy buena; ¿no es cierto?

DOR. Sí, Tula, sí: estoy perfectamente.

TULA Más vale así; estaba yo un poquito asustada; por eso, antes de almorzar, al salir de misa, he venido... la hora no puede ser más intempestiva; pero...

DOR. Tula, por Dios; no hay hora que sea intempestiva para recibir un favor. Ya me habían anunciado la visita de usted.

TULA Mi hijo Felix, sin duda.

DOR. Justamente: Leandro me lo he presentado hace pocos minutos...

TULA. ¿Y qué le parece á usted esa buena alhaja? Ya no se acordaría usted de él.

DOR. ¡No le habría conocido! Está hecho un hombre. ¿Y vuelve á París?

TULA Sí; se propone ingresar en la politécnica antes de volver definitivamente á España. Caprichos suyos, en que no quiero contrariarle... pero permanecerá allí muy poco tiempo... nueve ó diez meses. (Transición.) ¿De modo que lo de anoche fué?...

DOR. Nada... un poco de frío.

TULA Yo, la verdad, como ví á usted algo inquieta toda la noche, y como después salió usted de su palco, así de pronto y sin oir aquel cuarto acto... ¡¡qué cuarto acto!! ¡es de lo que no hay!... precioso, hija mía, precioso... ¡Oh! y lo cantaron admirablemente. (Transición.) Ello... Valentina, pareció demasiado enamorada de Raul; y Raul, no digamos. . (Transición.) La verdad es que se excedió un poquito. ¡Pero, eso no quita para que

ambos cantaran como dos ángeles!... Eso es, como dos ángeles que se quieren mucho... (Cambio de voz.) En fin, hoy está usted mejor... eso es lo principal. Que lo crea usted ni que no, marquesa, pensando en usted no he podido pegar los ojos en toda la noche.

DOR. Muchas gracias, Tula; es usted una excelente amiga.

TULA ¿Si lo soy? No lo sabe usted bien, hija. Pues si á mí me afectan más los disgustos de mis amigas que los míos propios... Es verdad, que yo, á Dios gracias, no me disgusto nunca. Tengo mi manera de ver las cosas. (En tono confidencial.) Créame usted, marquesa, estas niñerías de los maridos hay que tomarlas con mucha calma, con muchísima calma.

DOR. (Encogiéndose de hombros.) No entiendo lo que usted quiere decirme.

TULA Vamos... ¿para qué disimular conmigo?

DOR. No disimulo, amiga mía.

TULA No insisto. Al fin y al cabo ningún derecho tengo á las confidencias de usted. Si he hablado de este modo, que no me importa, sino en lo que á usted puede interesar, es por lo que anoche se dijo en el teatro, cuando usted abandonó precipitadamente el palco.

DOR. ¿Hasta de eso hablaron?

TULA ¡Ay, marquesa! De eso y de todo. Sí, hija de mi alma, sí; de todo se habla y de todo se comenta... ¿Qué quiere usted? si en sociedad no hablásemos de lo que no nos importa, ¿de qué hablaríamos?... ¡Hay tan pocas cosas que nos importen!

DOR. ¿Y comentaron mi indisposición?

TULA Dijeron... pero vamos, se conoce que es una tontería... dijeron que la presencia de la viuda de Rodríguez era para usted intolerable.

DOR. ¿Y quién es esa señora?

TULA ¿Pero, de verdad, no conoce usted á Rafaela?... Eso es, Rafaela parece que se llama.

DOR. No la conozco.

TULA (Aparte.) Embustera. (Alto.) Pues ya puede us-

ted asegurar que es usted la única en Madrid. ¡Rafaela! si es conocidísima. Y dicen que es buena persona, muy amable, muy... No la trato, eso no, porque soy muy mirada para escoger mis amistades; y como las gentes... quiero decir, algunas gentes... han dado en contar de ella que si fué, que si vino, que si patatín, si patatán, aunque una sepa ya á qué atenerse en esto de las murmuraciones... ¿de quién no se murmura? No me gusta relacionarme con esas... señoras; que efectivamente parecen señoras, pero que nadie sabe de dónde han venido.

DOR. ¿Y hace mucho tiempo que se halla entre nosotros esa... señora?

TULA Pues... deje usted que recuerde... cosa de un año.

DOR (Aparte y pensativa.) Eso es; ¡un año! (Pausa.)

TULA Marquesa, mucho sentiría yo haberla entristecido con estas noticias.

DOR. (Sonriendo con amargura.) ¡Entristecerme! De ninguna manera. ¿Por qué? No conozco á esa persona de quien usted me habla. Nada tiene de extraño que no la conozca; salgo muy poco, apenas voy al teatro; no frecuento los salones... El marqués, ocupadísimo desde que es senador, no me puede acompañar nunca. Yo, aunque la cosa parezca de mal tono, me he vuelto muy casera; lo confieso algo avergonzada, creo que hago aquí más falta que en un palco del Real, ó en las carreras de caballos...

TULA De manera que si vamos á mirar las cosas de ese modo, no iremos á ninguna parte.

DOR. Precisamente lo que yo hago. (Movimiento de protesta de Tula.) ¡Oh! No vaya usted á figurarse que me propongo predicar con el ejemplo... ni que presuma de proceder con más juicio que otras... dejo á todos que hagan su gusto, y anhelo solamente que me dejen hacer el mío.

TULA ¡Ay, marquesa! ¡Usted es una mujer ejemplar! Merece usted que la coloquen en los altares... todos los pícaros tienen buena for

tuna... no sabe apreciar el marqués el tesoro.

DOR. ¡Tula, por Dios! (Entre risueña y severa, interrumpiéndola con viveza.)

TULA. No, hija de mi alma, no; si yo no intento decir nada malo del marqués... ¡al contrario!... confieso que siempre le he querido y... ¿cómo puedo olvidar que tuvo en la pila á mi hijo Félix? Me refiero á lo que por ahí se propala; mentira todo, de seguro: ayer justamente, y como el marqués ha dicho que Rafaela es sobrina suya, me contaron...

ESCENA VI

DICHAS, un CRIADO

CRIA. (Desde la puerta.) El señor general Fernández.

DOR. Que pase. (El criado levanta la cortina para que pase el General, saluda con respeto y se vá.)

ESCENA VII

DOROTEA, TULA, EL GENERAL

GEN. Marquesa...

DOR. Buenos días, General.

GEN. Tula...

TULA ¡Hola!...¿Cómo ha madrugado usted tanto?

GEN. Pche... Diré á usted.... para ver si consigo que Dios me ayude, que buena falta me hace... Así y todo, hay quien madruga más que yo. (Transición.) Deseo hablar al marqués, me apresuro á venir en su busca, y el muy calavera ya anda por ahí... correteando por esos mundos. (Transición.) Supe que, por fortuna mía, estaba usted en casa, y no quise desaprovechar tan excelente ocasión de ponerme á sus órdenes, por si era usted tan bondadosa que quería dármelas.

DOR. Gracias...

GEN. A los viejos hay que tolerarnos que seamos un poco egoistas.

TULA Este General siempre galante, cortés, atento... ¡No es esto general en los Generales!

ESCENA VIII

DICHOS, LUISITA y CRIADO

CRIA. El señor don Germán pregunta si está visible la señora marquesa.

DOR. (Al criado.) Que pase. (El criado permanece con el portier alzado hasta que entra don Germán.)

LUISITA (Por el foro derecha.) ¡Mamá, mamá!... (Dentro.) Muy buenos días...

DOR. ¿Qué sucede?

LUISITA Que Carlitos se ha caído, y está llorando mucho...

DOR. ¿Pero, se ha hecho daño? Voy... (Al General y á Tula.) ¿Ustedes permiten...?

TULA ¡Por Dios, marquesa!

GEN. Vaya usted.

ESCENA IX

DICHOS y DON GERMÁN. Al salir la marquesa se encuentra á don Germán, que entra por la izquierda

GERM. Señora marquesa, deseaba yo...

DOR. (Sin pararse.) Dispense usted... voy... un niño se ha hecho daño. (Vase.)

GERM. Pero... (Alarmado.) ¿Cómo? ¿Es grave?

GEN. No sabemos.

GERM. Pues llego con oportunidad... ¡Precisamente traigo una receta infalible para...! Voy... (Saludando á Tula.) Señora... (Idem al General.) Hasta la vista, compañero. (Aparte.) (¡Si quisiera Dios que se hubiera lastimado bastante!...) (Vase.)

ESCENA X

TULA y EL GENERAL

TULA ¿Es general ese caballero?

GEN. No, señora; es particular.

TULA ¡Ah, ya!... Entonces, ¿será senador?

GEN. No sé si lo será, andando el tiempo, por ahora no lo es.

TULA Como le llama á usted compañero...

GEN. Sí; fuimos compañeros de fonda en San Sebastián.

TULA ¿De modo, que usted no sabe quién es?

GEN. Pche... A punto fijo, no. Le llaman don Germán no sé cuantos... profesor en cirujía y en otras cosas, pero no ejerce. Se metió á empleado, y le ha tomado gusto al oficio, que, en efecto, es apetitoso; ahora está cesante y se dedica á inventar.

TULA ¿Inventar qué?

GEN. Máquinas para mil cosas diferentes: para fabricar fusiles-revolvers y para afilar lapiceros, para liar cigarrillos y para templar armas blancas. Quiere que el marques le obtenga un privilegio de invención... y él persigue sin tregua, hasta hoy inútilmente... (Cambio de tono.) Pero, ¿qué sucederá en el jardín? (Se levantan y miran por el balcón.) Vamos, se conoce que ha sido poca cosa.

TULA Sin embargo, aquel pobre está llorando á lágrima viva...

GEN. Pero, vea usted... aquel otro diablillo se ríe como un descosido... ¡Ah! valiente... Todavía no tendrá siete años y ya le dán risa las desgracias del prójimo. ¡Será un hombre! (Vuelven á sus asientos.)

TULA ¿Le gustan á usted los niños, General?

GEN. ¡Pche!... Más me gustan las niñas; por supuesto, un poquito mayores.

TULA A mí los chicos me gustan por un rato.

GEN. Eso es, por un rato. Lo mismo me sucede á mí.

TULA Son muy bonitos, sí señor; tienen mucho atractivo, corriente; dan animación, vida y alegría á las casas... ¡Angelitos! (Aparte.) No puedo soportarlos.

GEN. Sí, en realidad el sufrir á los chicos exige... estar para ello... y no siempre se está.

TULA Hay quien no lo está nunca; Hernández, por ejemplo...

GEN. ¿Hernández?

TULA Sí; mi difunto esposo; ¡pobretico! ¿Usted lo conoció?

GEN. No, señora; y me felicito...

TULA ¿Cómo?

GEN. Porque le hubiera tenido mucha envidia.

TULA ¡Bah!... Vea usted con lo que sale ahora.

GEN. Ahora y siempre, Tula; ahora y siempre; en fin, que no he conocido á Hernández.

TULA Era de una casa muy fuerte... Toda la familia es de Palo.

GEN. ¿De palo? Pues sí que sería fuerte.

TULA ¡Vaya! con usted no se puede hablar... Palo es un pueblo de Huelva, que está muy cerca de Moguer.

GEN. Ya... Palos.

TULA Sí, señor... Y como decíamos, á Hernández le molestaban lo que no puede usted figurarse los muchachos. Por eso hemos tenido siempre á Félix en el extranjero.

GEN. Muy bien hecho. ¿Para qué quiere uno molestias innecesarias?

TULA Pues eso decía él, y en una ocasión, porque fueron á visitarle tres sobrinos suyos, se puso... ¿Ha visto usted una fiera arrojándose sobre su presa?

GEN. No, señora; no la he visto nunca, ni permita Dios que la vea.

TULA Me desespera usted, General.

GEN. No trato de eso. (Mirando al reloj.) Pero muy á pesar mío, bien puede usted creerme, necesito poner término á esta conversación, para mí tan grata...

TULA General, repito que es usted muy amable; (Con intención.) demasiado amable.

GEN. Es posible, aunque no lo echo de ver, y eso

consiste, indudablemente, en que con una hermosa como usted, hasta un erizo se suavizaría.

TULA Pero, General, eso es un requiebro.

GEN. ¿De veras?

TULA Sí, señor; y de muy buen gusto.

GEN. Pues no lo retiro. (Pausa y cambio de tono.) Lástima que usted no tenga muchos años más ó yo algunos menos; Tula, no sé por qué, se me figura que acabaríamos por entendernos.

TULA ¿Sí?

GEN. Aun sin eso... ¿Quién sabe? Puede que al fin nos entendamos.

TULA Já, já, de broma siempre. Pero también para mí va haciéndose tarde. La marquesa no vuelve... (Hablando bajo y en tono confidencial.) En confianza... creo que aquí ocurre algo desagradable...

GEN. ¿Eso del niño?

TULA ¡No sea usted inocente!... Eso no es nada... Quién sabe si ha sido sólo un pretexto.

GEN. Pues no comprendo...

TULA Al marqués le ha salido de pronto...

GEN. ¿Qué le ha salido?

TULA Una sobrina... La viuda de Rodríguez.

GEN. ¿Y qué?

TULA Pues nada; que muchos abrigan sus dudas de ese parentesco... Pero aquí está ya la marquesa... Se continuará... como dicen en los folletines.

ESCENA XI

DICHOS, DOROTEA, LUISA y DON GERMÁN

DOR. ¿De marcha ya? (Aparte.) Me alegro. (Alto.) Han de perdonarme ustedes, en caridad, la descortesía; pero...

GEN. Marquesa, por Dios, los santos deberes de la maternidad, se sobreponen á todas las exigencias sociales...

DOR. (Vá hacia la escalinata.) Cristina, que lleven á los niños; ya no es hora de estar en el jar-

dín. (Volviendo á la escena.) Aquí me tienen ustedes, convertida en directora de colegio.

TULA ¿Supongo que lo del niño no será cosa grave?

DOR. Nada, por fortuna.

GERM. Pudo haber sido. Como (Con aire de importancia.) hemos llegado á tiempo para hacer la primera cura, no tendrá consecuencias.

DOR. Pero me han asustado...

TULA Es natural; y á nosotros también. Estábamos muy inquietos, ¿verdad, General?

GEN. Sí; muy inquietos. (¡Pero con qué aplomo mienten estas andaluzas!)

TULA Yo quería esperar á mi hijo Félix, que de seguro volverá á buscarme con el coche; pero tarda mucho y me resigno á regresar á pié.

GEN. Yo no sé si puedo atreverme á ofrecer á usted mi berlina.

TULA (Sonriendo.) Usted verá si se atreve ó no. Desde luego le anuncio que si usted se atreviese á ofrecérmela, yo no me atrevería á rehusarla.

GEN. Pues ofrecida está y con mil amores.

TULA Pues la acepto, y mil gracias.

GEN. ¿Y el brazo también?

TULA También el brazo.

GEN. Tentaciones me dan de seguir ofreciendo.

TULA Pues recuerde usted el Padrenuestro: «No nos dejes caer en la tentación...»

GEN. (Dando el brazo á Tula y despidiéndose.) ¡Marquesa!

DOR. Adiós, General.

TULA Dorotea...

DOR. Tula... (Vanse. Los acompaña hasta la puerta.)

ESCENA XII

DON GERMAN, DOROTEA

GERM. (Gracias á Dios que nos dejan solos. Ahora le diré...)

DOR. (Tendiéndole la mano.) ¿Y usted también me deja, verdad?

GERM. Yo, señora... (Vaya una manera de despedir á las gentes.) Yo... deseo que...

DOR. Sí, pero yo no quiero molestar á usted más. Sé que está usted sumamente ocupado. Adiós, pues, y gracias por todo.

GERM. Eso no merece... (Nada, que me echa, y aún he de quedar agradecido.) Señora... (Saludando.) mis respetos al señor Marqués.) (Vase.)

ESCENA XIII

DOROTEA y LUISITA.—Dorotea sentada cerca de uno de los balcones. Luisita, sentada en una butaca, hojea un album de retratos que ha tomado de un velador.

LUISITA Todavía no hemos visto hoy á papá.

DOR. Ha salido muy temprano, hija mía.

LUISITA ¿Está enfadado con nosotras?

DOR. No, niña, no.

LUISITA Pues, mira...

DOR. No seas porfiada. ¿Por qué habría de estarlo?

LUISITA ¡Qué se yo! Me parece que antes nos quería más, mucho más.

DOR. ¡Bah! No pienses tonterías. Son aprensiones tuyas. (¡Pobre!)

ESCENA XIV

DICHAS y CARLOS

LUISITA Creo que viene tío Carlos.

CAR. (Entrando.) El mismo que viste y calza. Buenos días, Luisita. ¿Está Luis?

DOR. No. Yo te esperaba con impaciencia.

CAR. ¿Me esperabas? (Con extrañeza.)

DOR. ¿Pero no has recibido hoy una carta mia?

CAR. ¿Yo? No. Calle, puede que sea una que me dieron al salir de casa. (Buscando en los bolsillos.) Esta es. Tan preocupado iba, que ni pensé... De todas maneras, aquí me tienes. ¿Qué

te ocurre? ¿Supongo que no será necesario leerla?

DOR. No, no es necesario. Tengo que hablarte. (Toca el timbre.)

ESCENA XV

DICHOS, CRISTINA

CRIS. ¡Señorita!

DOR. Viste al niño, para que salga á paseo. Hija mía, necesito hablar con tu tío; déjanos.

LUISITA Hasta luego, mamá. Adiós, tío.

DOR. Arréglate para salir luego. (Váse Luisita.)

ESCENA XVI

DOROTEA y CARLOS. Rato de silencio. Dorotea está sentada. Carlos se pasea.

CAR. ¿Es eso todo lo que tenías que decirme?

DOR. Es que verdaderamente no sé cómo empezar.

CAR. Pues empieza por el principio, que es lo más lógico; ó por el fin, ya que á las mujeres os agrada hacerlo todo al revés; ó por donde quieras; el asunto es que principies por alguna parte. (Cambio de tono.) Y si lo prefieres, comenzaré yo, porque lo que te sucede ahora estoy previéndolo hace ya muchos años: desde que te casaste. ¡Oh! No puedes decir que te faltaron mis consejos, ni que escaseé mis advertencias: «Mira que el matrimonio es un paso muy grave; piensa que Luis es demasiado serio, y los hombres serios es cosa averiguada que no pueden ser buenos maridos... no olvides que lo mejor de los dados...»

DOR. No olvides tú que hoy no tengo tiempo ni humor para oir tus bromas de siempre. Luis ha sido, hasta hace muy poco, el mejor de los maridos y el más cariñoso de los padres. Ninguno de tus vaticinios se ha realizado;

él me ha querido siempre y me ha rodeado de respetos y de atenciones; Leandro, su hijo, lejos de odiarme, ha sido y es para mí buenísimo; dudo que hubiera considerado más á su propia madre, si la hubiese conocido.

CAR. Entonces nada tienes que desear... ¿qué más quiéres? Eres amada por tu esposo, respetada por tus hijos... Dichosa tú y bienaventurada... Sea por muchos años.

DOR. Sí, dichosa, completamente dichosa... he sido durante catorce años, que me han parecido un instante; pero...

CAR. Eso es: pero... transcurridos esos catorce años, mis profecías se realizan... si no podía ser menos. Te está perfectamente empleado por no haber oido los consejos de tu hermano. Y ahora ¿qué es lo que quiéres? ¿Para qué me llamas? ¿Pretendes que yo me entrometa en vuestros disgustos conyugales? ¡Líbreme Dios de hacerlo!

DOR. Pero, Carlos, por Dios, ¿quiéres escucharme?

CAR. ¿Para qué? Sería inútil; completamente inútil. Ni yo he de acceder á lo que tú me pidas, ni atenderías tú á lo que yo te aconsejara. No podemos entendernos ahora, como no hemos podido entendernos nunca.

DOR. Pero...

CAR, Ya lo estás viendo: te repetí muchas veces: «no te cases con Luis;» y en efecto, te casaste con Luis. Te he repetido hasta la saciedad: «no te separes de tus hijos, tenlos siempre en tu casa, á tu lado... el hogar sin los hijos es hogar frio, muerto... no es hogar...» y efectivamente, por ahí los tienes, repartidos en sendos colegios... Solamente aparecen en casa cuando sobreviene algún gran acontecimiento ó en los días solemnes; justamente cuando ninguna falta hacen. ¿Que son revoltosos? ¿que ocasionan molestias? ¿que exigen cuidados?... ¡Ya lo creo!... Pues hay un medio muy sencillo de evitar esas pejigueras; no casarse... Lo que yo hago... ¿O es que los hombres serios pretenden

estar á las maduras y no á las duras? Así hacen esos empleados que ahora se estilan, que solamente van á la oficina para firmar la nómina... ¡Linda manera de entender el matrimonio! (Cambiando de tono.) Pero, Dorotea, ¿qué es eso? ¿estás llorando? No creo haber dicho nada que... Soy, ya me conoces... algo rudo en mis bromas ¡qué demonio!... algo hay que tolerar á los solterones. (Con cariño.) Vamos, Dorotea, vamos... tranquilízate y sepamos lo que sucede. Animo, mucho ánimo; si todo puede arreglarse; todo... Ya no me río. ¿Qué pasa?

DOR. Pasa que esto es ya intolerable.

CAR. ¿El qué?

DOR. La conducta de mi marido... Luis ha llegado á conducirse de tal modo, que soy ya la irrisión de Madrid... ¿Una aventurera, una... qué se yo? cualquier cosa, Rafaela... López ó Gómez... no recuerdo, ha conseguido trastornar á Luis en tales términos, que mi marido no es ya el que antes era. Las caricias de sus pobres hijos le enojan, mis observaciones le encolerizan, su casa le aburre... únicamente en esa mujer piensa; sólo para ella tiene palabras agradables y sonrisas y obsequios.

CAR. Bien; eso pasará... Esas son cosas que pasan siempre y suelen pasar pronto. Y acá, para entre nosotros, Dorotea, son muy naturales y á nadie sorprenden... ni sé cómo pueden parecerte extrañas; pues si eso está sucediendo en todas partes y todos los días... Siempre ha sucedido lo mismo y no llevamos trazas de mejorar... Comprendo que estarás celosa...

DOR. Sí, lo estoy... ¿para qué he de negártelo? Me siento celosa, pero, además, me siento humillada... esto me hace padecer horribles dolores... y si no fuera por mis hijos...

CAR. ¡Bah, bah! No dramaticemos la cosa, que al fin y al cabo es vulgarísima y prosáica, si las hay. Hija mía, para vivir como Dios manda y alternar con las gentes, es preciso,

ante todo, no lanzarse allá á las altas regiones de lo novelesco; quedarse aquí abajo en esta humilde y vulgarísima tierra en que hemos nacido. Los hombres no somos santos, es verdad, pero ¡caramba! tampoco sóis santas las mujeres... ni mucho ménos. El mundo es... como es; ya sabemos que no es bueno del todo, pero tampoco es del todo malo, y como es hay que aceptarlo... que no es cosa de que pretenda cada cual hacerle á su gusto: ¡bueno saldría! (Pausa. Carlos se pasea muy pensativo.) Dorotea, ¿quiéres que te diga una cosa? La mujer sensata, la esposa prudente, la madre de sano juicio, cuando de extravíos del esposo se trata, tiene abierto un sólo camino: el de la resignación..., dejarse engañar, hacer la vista gorda... eso; fingir que no se advierten, como los padres fingen no ver los pecadillos veniales de sus hijos cuando comprenden que es imposible remediarlos

DOR. (Con amargura.) ¡Resignación! ¿Pues no estoy dando pruebas de ella, hace ya muchos meses? ¡Disimular, fingir! ¿qué otra cosa hago, desde que principió esa locura de mi marido?... Locura, sí, porque está ya completamente loco. He fingido no ver... he tolerado en silencio lo que ninguna otra hubiera tolerado...; pero Luis quiere ahora, si no vas á creerlo, quiere imponerme la amistad de esa mujer; sí, sí... está empeñado en que yo la trate, en que la reciba en mi casa, en que la visite, ¡yo!... Esto... lo que es esto, ya comprendes que no puedo hacerlo ¡ah! y no lo haré... ¡suceda lo que suceda!

CAR. ¿Pero, qué puede ocurrir por eso?

DOR. ¿Qué? Todo: un escándalo, una separación, el divorcio... no sé; porque él está completamente loco, y yo... yo creo que voy á volverme loca también; por eso te he llamado.

CAR. ¿Pero, qué te propones? ¿Qué intentas, y qué puedo yo hacer en todo esto?

DOR. Si yo lo supiera, te lo diría... pero, no lo sé... (Piensa un rato.) ¡No lo sé!

CAR. Estamos iguales.

DOR. Anoche se manifestó excesivamente amable y me acompañó al Real... ¿y sabes para qué? Para presentarme á esa... Rafaela, que ha tomado el palco inmediato al nuestro; comprendí la intención, adiviné en sus miradas que se disponía á realizar su designio, y entonces, sin dejarle hablar, abandoné precipitadamente el palco; dije que me sentía muy mal y... él me siguió en silencio; pero al llegar á casa, se mostró irritadísimo; dijo que debía yo dar una satisfacción cumplida á una señora á quien con tal descortesía había tratado en el teatro: al oir esto, no puedo explicarte lo que me sucedió... me trastorné... le dije todo lo que he callado durante diez meses... le eché en cara lo indigno de su proceder... hubo momentos en que pensé que iba á lanzarse sobre mí para ahogarme, sus ojos ardían... logró dominarse y me dejó sola, anunciándome que hoy, cuando estuviese yo más tranquila y pudiera atender á la razón, procuraría persuadirme á dar un paso que me dijo: «era ayer conveniente y hoy ya es necesario.» Tal es la situación, Carlos; yo, si esa mujer entra en esta casa, saldré yo de ella para no volver... ¿Estás dispuesto á darme hospitalidad en la tuya?

CAR. Dorotea, por las once mil vírgenes, piensa en la gravedad de lo que te propones.

DOR. Lo tengo bien pensado.

CAR. ¿Pero, estás segura de que esa Rafaela?...

DOR. Lo estoy.

CAR. Las apariencias muchas veces...

DOR. No se trata de apariencias, sino de realidades.

CAR. Además, Luis estará en su derecho reclamando que vuelvas al techo conyugal.

DOR. Por ese lado no hay peligro, no lo reclamará... Se quedará libre... pienso que no desea otra cosa.

CAR. Corriente, sea; no quiero que puedas quejarte de mí... Cuenta conmigo para todo; para

todo, está dicho. Yo no puedo, ni debo, ni quiero mezclarme en vuestras reyertas; si á pesar mío me viera alguna vez, Dios no lo permita, en la necesidad de intervenir, lo haría á mi modo; pero por hoy, mi papel ha de ser puramente pasivo... Procede con calma, con muchísima calma... En estos casos nunca es excesiva la prudencia... Ve á tu marido... dile... dile lo que tu corazón y tu cabeza te aconsejen; y si, lo que no espero, lo que no quiero creer, llegase el triste caso de que me hablas... ve á mi casa, á la casa de nuestros padres, que sigue siendo la tuya y que hallarás como dejaste. Soy el mismo Carlos de siempre, tu hermano, algo burlón tal vez, pero que te quiere de veras. Y ahora, adiós, hermana mía, mucha serenidad y mucha prudencia. Nos veremos pronto...

DOR. (Muy conmovida.) Adiós, Carlos; gracias.

CAR. (Bruscamente.) ¡Qué gracias ni qué!... (Procurando dominar su emoción.) Hasta luego... (Vase.)

ESCENA XVII

DOROTEA, LEANDRO y FÉLIX

DOR. ¡Pobre hermano!... ¡qué corazón tan noble! (Queda sumida en profunda meditación y llorosa.)

LEAN. Ea, ya estamos de vuelta, mamá. (Saludando.)

FÉL. Señora. (Idem.)

LEAN. ¿Papá no ha vuelto todavía?

DOR. No.

FÉL. Vaya, pues habré de volverme á París sin saludarle .. Despídeme de él y dile que deseo ser más feliz á mi vuelta.

LEAN. ¿Volverás pronto?

FÉL. Sí; dentro de ocho meses ó diez.

LEAN. (A Dorotea.) ¿Qué tienes?

DOR. Nada.

LEAN. (Bajo á Dorotea.) ¡Oh! ¡sí, algo te sucede, has llorado!

DOR. Nada; te digo que no tengo nada; déjame. (Con dureza.)

LEAN. Perdona. (Tristemente.)
DOR. Félix, adiós y buen viaje. (Con suma dulzura.) Hasta luego, Leandro. (Vase.)

ESCENA XVIII

LEANDRO y FÉLIX

LEAN. (Aparte.) ¿Qué ocurre aquí?
FÉL. Te digo que era ella.
LEAN. ¿Quién? (Distraído.)
FÉL. Pues mi *Julia;* mi figuranta del Edén.
LEAN. ¡Bah!
FÉL. ¡La he visto! ¡La he visto!
LEAN. (Remedándole.) ¡Y me ha mirado!
FÉL. No me ha mirado... ¡Bah! pues si Julia me hubiese visto, se baja del coche, se cuelga de mi brazo y no me suelta en una semana... ella es así... ¡figúrate tú lo que se hubiera escandalizado mamá! Pero te dejo... Da á mi padrino un abrazo muy apretado, y si no nos vemos después... hasta dentro de unos cuantos meses. (Aparte.) Era ella... ella, sí, Julia. (Vase.—Leandro le acompaña hasta la puerta y al cabo de un rato se despide saludando con la mano y baja al proscenio.)

ESCENA XIX

LEANDRO y LUIS

LUIS Buenos días, Leandro.
LEAN. Papá, buenos días; ya tenía deseo de verte y de...
LUIS (Muy serio.) ¿Y de qué?
LEAN. Nada... más...
LUIS ¿Has visitado ya á González?
LEAN. Sí; de su casa vengo.
LUIS Por supuesto, nada habrá hecho en tu asunto...
LEAN. ¡Vaya si ha hecho! ¡todo! Aquí traigo mi credencial. (Le da un papel.)

LUIS No es mal principio, Leandro; diez mil pesetas es un sueldo muy aceptable... además, ya te hayas en buen camino y acaso no tardes en llegar á ser ingeniero jefe de la compañía. Que sea enhorabuena.

LEAN. (Con efusión.) Gracias, papá; gracias por la enhorabuena, y más porque este primer paso, de que estoy orgulloso, á tí te lo debo... á tí que...

LUIS (Con frialdad.) No más... ya sabes que tengo poca afición á lo patético. Sé hombre de bien, portate honrada y dignamente y esa será para mí la mejor prueba de tu agradecimiento. (Pausa.)

LEAN. Pero, papá... ¿qué sucede aquí?

LUIS ¿Eh?

LEAN. Ese desabrimiento á que no me tienes acostumbrado; las lágrimas que he sorprendido en el rostro...

LUIS ¿De tu madrastra?

LEAN. ¡Madrastra!... Yo no tengo madrastra; al ménos, á llamarla madre aprendí desde niño... no he conocido otra y tú me enseñaste á nombrarla así... Ella. ¡Oh! ella ha merecido ese nombre y aún otro más tierno y más cariñoso, si otro más cariñoso y más tierno hubiera... ¡Cuántas veces ha enjugado mis lágrimas! Por eso ahora deseo enjugar las suyas, por eso pregunto: ¿qué ha sucedido aquí?... Si han sobrevenido sinsabores, tengo derecho á participar de ellos y lo reclamo.

LUIS (Incomodado.) ¿Que lo reclamas?

LEAN. Sí; lo reclamo sin traspasar los límites del respeto.

LUIS Las obras prueban el respeto, no las palabras. Si algo sucede aquí de lo que tú piensas, lo sabrás á su tiempo; en tanto que no te lo digan, no tienes necesidad de saberlo, ni derecho á preguntarlo.

LEAN. Pero...

LUIS Basta ya, Leandro: no me parece bien discutir con mi hijo; hemos terminado.

LEAN. Está bien.

LUIS (Como arrepentido.) Escucha... Ve á casa de

Carlos para enterarle de tu colocación. El se alegrará, de seguro.

LEAN. Iré ahora mismo. (Vase.)

ESCENA XX

LUIS y DOROTEA

LUIS (Queda pensativo mirando la puerta por donde ha salido Leandro. Se pasa la mano por la frente.) Ea, concluyamos. (Se dirige á la puerta de la izquierda, por la cual aparece Dorotea.) Buenos días; iba á buscarte.

DOR. Acaban de decirme que estabas aquí y he venido para evitarte esa molestia; ¿qué me quiéres?

LUIS Lo sabes ya. Pero, dime ante todo, ¿estás más tranquila? ¿Te sientes bien?

DOR. Estoy tranquila y me encuentro perfectamente.

LUIS Hablemos, pues, como buenos amigos.

DOR. ¡Amigos! (Con amargura.)

LUIS A los quince años de matrimonio no me parece razonable que hablemos como enamorados.

DOR. Tienes razón (Melancólica.)

LUIS Bien es que así lo reconozcas, porque estamos en camino de entendernos. Dorotea, tú que eres la bondad misma, tú que... (Transición.) y renuncio á elogiarte, porque ya sabemos, tú, lo que yo pienso de tí, y yo, que te molesta la alabanza; has tenido la debilidad, disculpable, lo declaro desde luego, de conceder crédito á ruines murmuraciones de la maledicencia, de la calumnia... y anoche, por primera vez en tu vida, fuiste injusta y pareciste mal educada con una señora.

DOR, (Con ironía,) ¡Señora!

LUIS (Con energía.) Señora; á quien todos respetan y á quien yo...

DOR. ¿Tú?

LUIS Estimo.

DOR. Tanto, tanto, que esa estimación te hace ol-

vidar tu cariño de padre, tus atenciones de esposo y hasta tus deberes de hombre de mundo.

LUIS (Inquieto,) Nada de eso es exacto.

DOR. Ya veo lo uno; lo otro todos lo dicen...

LUIS (Más inpaciente cada vez.) Tú has visto mal; de lo que digan todos no me importa nada.

DOR. Debería importarte, ya que entre ellos vives.

LUIS (Haciendo por contenerse.) Dorotea, no extraviemos la conversación. Miramos las cosas desde diferente punto de vista y no es posible que nos parezcan iguales; la discusión, por lo tanto, no terminaría nunca. Lo repito; hablemos como buenos amigos; si he cometido una pequeña falta, perdónamela, como yo te la perdonaría...

DOR. Pero...

LUIS Si solicitases de mí un favor, yo no lo discutiría; al ser solicitado estaría concedido... ¿No te sientes dispuesta para hacer otro tanto?

DOR. ¿De qué favor hablas?

LUIS Anoche te lo dije: has inferido una ofensa en público; es de justicia y es de necesidad una reparación pública también.

DOR. Imposible... no debo, no quiero.

LUIS (Violento.) ¡Dorotea!.. (Dominándose.) Me habías dicho que estabas tranquila; no puedo creer que me has engañado, pero comprendo que te equivocabas. (Transición.) Oyeme, te lo ruego; lejos de ser imposible lo que te propongo, es lo más natural y lo más sencillo del mundo y... (Vacilando) además está ya realizado en su parte más difícil.

DOR. ¿Realizado?

LUIS Sí; he visitado hoy á Rafaela.

DOR. ¿Tú?

LUIS Yo. (Tranquilo.) Le he dado, en nombre tuyo, explicaciones que ella ha tenido la bondad de aceptar; he dicho que anoche tuviste precisión de retirarte del teatro, porque te sentías indispuesta.

DOR. ¿Todo eso le has dicho en nombre mío?

LUIS Todo eso.

DOR. No estabas autorizado para decirlo, pero, pierde cuidado, no te desmentiré, si eso te satisface.

LUIS No se trata solamente de eso.

DOR. Pues, ¿qué más hay?

LUIS (Con intención marcada, y en son de exigencia.) Rafaela, que es excesivamente cariñosa, se ha interesado por tu salud de tal modo, que me ha prometido, prescindiendo por nosotros de cumplidos pueriles, venir hoy á verte.

DOR. (Levantándose con viveza.) ¿Aquí? ¡Ella!... Pues se habrá molestado inútilmente; no la recibiré.

LUIS La recibiré yo, para decirle que estás descansando.

DOR. Corriente.

LUIS Después, la acompañará la niña á pasar la tarde en una posesión que tiene cerca de Madrid.

DOR. Sí; regalo quizás de uno de sus amantes... de tu predecesor.

LUIS ¡Dorotea!... (Con ira.) ¡Vé que estás haciéndote eco de una calumnia infame!

DOR. Tú estás dando prueba de haber perdido la razón por completo... ¿Tan ciego estás, tan completamente ciego, que no echas de ver la enormidad de lo que pretendes? ¡Tu hija, tu inocente hija, paseando en público con la manceba de su padre!

LUIS (Levantándose furioso.) ¡Señora!...

DOR. (Desafiandole.) ¡Luis!...

LUIS ¡No puedo tolerar, ni aun á usted, que ultrajen á una señora unida á nosotros por los lazos del parentesco!

DOR. ¡Eso es mentira!

LUIS (Con ira.) ¡Oh!... (Conteniéndose.) ¡No sabes lo que dices y olvidas que no he mentido nunca!... Rafaela es mi sobrina, y es, además, digna de todo mi respeto.

DOR Pero no del mío; ni del de ninguna persona honrada... ¡Y te lo juro, Luis: si esa... señora entra en mi casa, saldré yo, saldré con mis hijos, para no volver á ella!

LUIS ¡Calla, Dorotea, calla ó no respondo!...

ESCENA XXI

DICHOS y el CRIADO

CRIA. Señor...

LUIS ¿Qué hay? (Con violencia.)

CRIA. Un secretario del Senado espera en el despacho del señor, para un asunto urgente.

LUIS Voy. (Acercándose á Dorotea, y en voz baja y reconcentrada.) Dentro de un instante llegará Rafaela, mi sobrina, recíbala usted ó no la reciba; del proceder de usted dependerá el mío. Si usted continúa enferma, mis hijos y yo acompañaremos á esa señora en su carruaje... Nada más tengo que decir.

ESCENA XXII

DOROTEA y el CRIADO

DOR. ¡Oh, no, eso no, mis hijos! (Muy agitada.)

CRIA. Señora...

DOR. Diga usted á Cristina que venga.

CRIA. Al instante. (Váse.)

ESCENA XXIII

DOROTEA y LEANDRO

LEAN. ¡Madre, estás agitada! ¿Qué te sucede?

DOR. Nada, Leandro, nada; mis hijos y yo salimos de esta casa ahora mismo... para siempre.

LEAN. ¿Por qué? (Aparte.) (¡Lo que temía mi tío Carlos!)

DOR. Porque tu padre... (Conteniéndose.) El te lo explicará... yo no debo decirlo.

ESCENA XXIV

DICHOS y CRISTINA

CRIS. Señorita...
DOR. ¿Están vestidos los niños?
CRIS. Sí.
DOR. Tráelos en seguida al jardín. Nos vamos.
CRIS. Pero... (Asustada.)
DOR. (Azorada.) No pierdas el tiempo. ¡Va á venir!
LEAN. Pero, ¿quién, Rafaela?
DOR. ¡Sí... esa mujer!... (Conteniéndose al ver á Leandro.) (No sé lo que digo.) (A Cristina.) ¡Vuela!... Espero en el jardín.
CRIS. (Aparte.) (¡Dios mío!) (Vase.)

ESCENA XXV

DOROTEA y LEANDRO

LEAN. ¿Conque abandonas esta casa, cuyo angel tutelar has sido tanto tiempo?
DOR. Es preciso. (Sin dejar de mirar al balcón.)
LEAN. Está bien. Sé, para mí es bastante, lo que me corresponde hacer... Sales de aquí triste, acongojada... te acompaño.
DOR. No, Leandro, no: tu puesto está aquí, al lado de tu padre... te lo ruego... ¡por Dios!... sería para mí un horrible remordimiento... tú no puedes convertirte en su juez.. no quiero que por causa mía arrostres su enojo...
LEAN. Tranquilízate, madre mía. No lo arrostraré. Pero quiero ser tu apoyo y tu consuelo, como lo fuiste para mí cuando velabas á la cabecera... del niño casi moribundo.
DOR. Te lo prohibo... dabes obedecerme. (Mirando al jardín.) ¡Ahí están... te lo prohibo... adiós! (Váse.)

ESCENA XXVI

LEANDRO, LUIS, después CRIADO

LUIS (Entra muy preocupado; busca á la marquesa con la mirada; repara en Leandro y le habla distraído.) ¿Has visto á Carlos?

LEAN. Ahora me separo de él.

LUIS (Da un par de vueltas por la habitación y por último toca el timbre.)

CRIA. (Desde la puerta.) Señor.

LUIS Dí á Cristina que vista, para salir, á los niños.

CRIA. Los señoritos acaban de salir.

LUIS ¿Cómo?

CRIA. Han salido con la señora marquesa.

LUIS Por vida. (Dá un grito y después de reponerse, señala al criado la puerta, váse el criado.) Está bien.

ESCENA XXVII

LEANDRO y LUIS

(Rato largo de silencio. Luis se pasea muy preocupado y de cuando en cuando lanza á su hijo una mirada sin que éste lo advierta; Leandro contempla á su padre; en dos ó tres ocasiones, parece dispuesto á dirigirle la palabra y al fin no se atreve.)

LUIS (Suspende repentinamente sus paseos delante de Leandro.) Pretendías, hace poco, saber lo que pasaba aquí; ya lo sabes: La marquesa y sus hijos nos abandonan.

LEAN. ¡Ah! sería una verdadera desgracia, pero puede evitarse.

LUIS ¿Y quién la evitará?

LEAN. Tú.

LUIS ¿Yo? (Sorprendido.)

LEAN. Sí, tú; tú que eres generoso (Con firmeza respetuosa.) y bueno y no has de obstinarte en labrar la desdicha de los tuyos.

LUIS Pero... ¿sabes?

LEAN. Todo. (Bajando la vista.)

LUIS Ya; la marquesa... (Sonriendo irónicamente.)

LEAN. (Con firmeza,) Mi madre no me ha dicho ni una palabra. Unicamente ha desplegado los labios para ordenarme que permaneciese á tu lado.

LUIS (Con amargura reconcentrada.) ¡Ah!... Es decir que solamente á su generosidad debo la fortuna de que no me hayas abandonado tú... tú... mi hijo... Está bien. Estimo en cuanto vale esa caritativa orden; pero te relevo de cumplirla. Puedes, si te place, acompañar á los que me dejan.

LEAN. Lo haré así. (Muy triste.) Así lo habría hecho, si no me hubiese detenido la esperanza de persuadirte á desistir de propósitos que... no parecen tuyos. Si no lo consigo... mi madre necesitará de mí; mi padre no; mi puesto estará al lado de ella. ¡Cuántas veces me ha servido de apoyo! ¡Sería ingratitud monstruosa que ahora la negase yo el mío! Pero ¡te sería tan fácil ahorrarnos esta tristeza!

LUIS ¡Creo que te permites aconsejarme!

LEAN. No, papá; te ruego.

LUIS Hay ruegos que parecen exigencias...

LEAN. El mío no es de esos. Parece lo que es: una súplica respetuosa; nada más. (Cambio de tono.) Mi madre no quiere recibir en su casa á una mujer...

LUIS Una señora. (Con violencia.)

LEAN. (Transigiendo.) Sea; una señora; no quiero juzgarla; no debo ofenderla... muy digna tal vez, quizá muy respetable, pero á quien la sociedad ni considera digna, ni otorga respeto.

LUIS ¡Leandro! (En son de amenaza.)

LEAN. (En tono cada vez más respetuoso.) Evitemos, te lo suplico, una discusión en la cual ni podría yo decir todo lo que pienso, ni aun callando mucho dejaría de enojarte. Esa mujer (Rectificando.), esa señora, ha ocasionado á mi madre muchos sinsabores... para mí es odiosa; ¿por qué ha de penetrar en esta casa, cuya paz ha turbado?

LUIS (Impetuoso.) Porque... (Serenándose.) Eres muy joven todavía, Leandro. En tí el sentimiento domina el raciocinio. La experiencia te enseñará que en los hechos graves de la vida es necesario discurrir con la cabeza, no con el corazón.

LEAN. Ni sin él tampoco. Que por algo, y para algo, lo llevamos aquí, y aquí nos palpita, engendrando á cada instante nobles cariños y santos entusiasmos. (Pausa.) Pero no; no ha sido en los impulsos juveniles de mi corazón donde he aprendido lo que digo ahora. Tus sabios consejos, tus advertencias cariñosas, me enseñaron siempre á huir de amistades que pudieran redundar en menoscabo de mi fama.—«En esto,—me has repetido muchas veces,—la mancha más ligera, la más imperceptible sombra, es siempre un peligro que conviene evitar á toda costa.»—Yo no puedo creer, yo no quiero creer que esas máximas, que han quedado grabadas indeleblemente en mi memoria, se hayan borrado de la tuya.

ESCENA XXVIII

DICHOS, CRIADO

CAIA. (Trae una tarjeta en bandeja.) Preguntan si la señora marquesa puede...

LUIS (Toma la tarjeta y la lee.) ¡Rafaela! (Rato de indecisión. Luis vacila, pasa la mano por la frente, y, por último, como si hubiera adoptado una resolución definitiva, se dirige al criado.) Diga usted que la señera marquesa ha salido con los niños. (Vase el Criado.)

ESCENA ÚLTIMA

LEANDRO y LUIS

LEAN. (Ha seguido con visible ansiedad las vacilaciones de su padre. Cuando éste ha despedido al Criado se dirige á él para besarle las manos con efusión.) ¡Oh, gracias! No me equivoqué al confiar...

LUIS Te equivocas, Leandro; (Conteniéndole.) no tienes por qué darme las gracias. La desatención imperdonable de la marquesa imponía por el pronto esta solución: solución que nada prejuzga y que en nada cambia nuestras respectivas situaciones. Un capricho pueril, unos injustificados recelos, no pueden ser obstáculo á una amistad con que yo me considero favorecido y honrado. Esa señora visitará á tu madre cuando tu madre se halle aquí para recibirla. Díselo, si, como antes me has anunciado, estás decidido á seguirla, á lo que no me opongo en manera alguna.

LEAN. (Muy triste.) ¡Está bien! Salgo de esta casa querida, sin renunciar á la esperanza de volver muy pronto. Sí, sí. Otros cariños, en los que hoy tal vez crees, te faltarán; nunca el de tus hijos, que, si un día los llamas, volarán á tus brazos... Hasta ese día.

LUIS ¡Vé con Dios! (Se sienta como fatigado.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala en casa de Rafaela, suntuosamente amueblada, pero con mal gusto.—Puerta al foro y dos laterales.—A la izquierda del foro, aparato telefónico.—Balcón al foro.

ESCENA PRIMERA

TULA y EL GENERAL. Al levantarse el telón, el General, con el sombrero en la mano, dormita en una butaca; el sombrero debe estar sobre las rodillas; pocos momentos después aparece Tula, hablando en voz alta con alguien que se supone la acompaña hasta la puerta.

TULA (Al foro.) Bien; esperaré aquí; diga usted á la señorita Rafaela que no se apresure, no traigo prisa. (Baja al proscenio.) ¡Toma! Pues si tenemos ahí al General... (Mirándole.) Dormido, por más señas. (Transición.) A estos generales de antesala siempre se les figura que están en el Senado. Como no se finja dormido para enterarse; no, pues lo que es conmigo no han de valerle tales tretas; (Acercándose á él y gritando.) General, ¡eh! General... (Sacudiéndole el brazo.) ¡Despierte usted, hombre!

GEN. Fernández, sí. (Se despierta sobresaltado, se levanta y deja caer al suelo su sombrero.)

TULA (Riéndose.) Pero, general, usted no sabe lo que se vota.

GEN. (Recobrándose poco á poco, recoge su sombrero, le

atusa un poco y le coloca sobre una mesa.) ¡Ah! ¿es usted, Tula? ¡Hermoso despertar! Que no vuelva yo á escribir un buen soneto en toda mi vida, si no creí que se trataba de una votacion importante y que sacudía mi brazo un colega de la Cámara alta. Imagine usted si el cambio me habrá parecido agradable. ¡Ah! si se convirtieran en mujeres como usted, todos mis compañeros, ¡qué pocas veces me dormiría yo en el Senado!

TULA Corriente, General; muchas gracias y hablemos de otra cosa; no perdamos el tiempo en decirme flores.

GEN. El decírselas á usted, hermosa Tula, no es perderlo, sino aprovecharlo; pero, hablemos de lo que usted quiera; ¿puedo servir á usted en algo?

TULA Sí, señor; en mucho.

GEN. Pues, manos á la obra; usted manda, obedezco yo y estamos al cabo de la calle.

TULA ¿Me obedecerá usted en todo?

GEN. En todo.

TULA ¿Quiere usted responder con franqueza á las preguntas que yo le haga?

GEN. Con franqueza absoluta.

TULA (Sonriéndose.) ¿Aunque sean un poco indiscretas?

GEN. Si son de usted, no serán indiscretas, pero aunque lo fuesen.

TULA Pues bien. ¿Qué hace usted aquí?

GEN. (Algo sorprendido.) ¿Qué hago aquí? (Pausa.) Pues contemplar á usted y admirarla .. Cada vez está usted más hermosa. (Movimiento de Tula.) Puede usted creerme.

TULA Sí, lo creo; pero, ¿qué hacía usted antes de admirarme?... Porque usted no habrá venido á eso...

GEN. No; no había venido á eso.

TULA ¿Pues á qué?

GEN. No puede usted figurarse, amiga mía, el favor que me dispensará usted si me lo explica.

TULA Usted no me habla con franqueza.

GEN. Juro...

TULA No jure usted... le creeré todavía ménos. (Cambio de tono.) Usted viene en busca de Luis.

GEN. Cierto.

TULA Le ha buscado usted en su casa, y como él, desde que Dorotea salió de ella, se presenta muy de tarde en tarde... ha creído usted que aquí le encontraría más fácilmente.

GEN. También es cierto eso.

TULA Y como, según dicen, la ocasión es calva, no habiendo encontrado á Luis, se proponía usted ver á Rafaela, para adorar al santo por la peana...

GEN. (Aparte.) Esta mujer me conoce perfectamente.

TULA Al fin y al cabo... Luis es hombre de gran influencia..

GEN. ¡Vaya si lo es!

TULA Y está en camino de tener más; según creo.

GEN. Perfectamente creído. El discurso que pronunciará mañana, le abrirá el camino del ministerio...

TULA (En tono confidencial.) De lo que entre su familia y él haya pasado, ¿á usted qué le importa?

GEN. Absolutamente nada.

TULA Hay quien le critica... ¡Bah! se critica todo... Esos son asuntos de caracter privado que... Dios sabe, después de todo, quién tendrá razón... Luis goza de grandísima influencia con el gobierno; Rafaela, de quien sabemos todos que es una excelente persona, la posee decisiva sobre Luis, y si usted puede aprovechar esa influencia para conseguir un ascenso... hace usted como un santo.

GEN. (Con viveza.) Justamente... (Tratando rectificar.) Es decir, lo que es yo... (¡Pues no es larga, que digamos, esta señora!) Pues nada... ¿Para qué he de negarlo? Ha desentrañado usted, más exactamente que yo mismo habría podido hacerlo lo más intrincado de mi pensamiento. Me deja usted maravillado.

TULA Y sin embargo, en mi adivinación nada hay de maravilloso... porque, á usted puedo decírselo en confianza: yo he venido á lo mismo.

GEN. (Sorprendido.) ¿También usted pretende un ascenso?

TULA (Riendo.) No, yo no; pero, mire usted, algo de ascenso hay en el asunto. No se trata de mí, sino de mi hijo Félix, que llegó ayer mismo de París.

GEN. ¿Estaba en París?

TULA ¡Monstruo!... ¡Ni aun había usted notado la ausencia de mi hijo!

GEN. (Aparte.) No echaba de menos á ese interesante joven.

TULA Rafaela vá á llegar. (En voz baja.) ¿Somos amigos?

GEN. ¿Quién lo duda?

TULA Seamos aliados. (Le tiende la mano con cordialidad.)

GEN. Seámoslo. (Se la estrecha.)

TULA ¿Trata usted á Rafaela?

GEN. No.

TULA Le presentaré... y me encargo de recomendarle...

GEN. Muchas gracias.

TULA Pero en pago de ese apoyo leal, ha de prestarme usted obediencia; déjeme el campo libre, cuando me sea necesario... Ya sabe usted que mis pretensiones en nada perjudican las suyas.

GEN. Corriente.

TULA ¿Queda convenido?

GEN. Y sellado. (Besándole la mano.)

TULA ¡Vamos, General, un poco de juicio! (Riéndose y pegándole con el abanico.)

GEN. Por mucho que tuviese, al lado de usted lo perdería todo.

ESCENA II

DICHOS y RAFAELA

RAF. (Saludando.) Perdóneme usted, Tula... (Al General.) ¿Caballero?...

TULA Calle usted, hija de mi alma; si alguna de las dos necesita ser perdonada, esa soy yo, que he venido con tal inoportunidad...

RAF. Siempre bondadosa...

TULA El General señor Fernández Altillo, bizarro poeta y militar delicado... digo... no... al revés...

RAF. Conozco mucho de nombre á este á caballero... Debió ser compañero de papá...

GEN. Es posible. ¿Sirvió en las filas su señor padre?

RAF. Sí... El general Rodríguez.

GEN. Rodríguez... Rodríguez... (Como haciendo memoria.) Sí, creo recordar... ¡Somos tantos!

RAF. Mi padre murió hace veintiseis años.

GEN. Entonces, todavía no era yo General. (Aparte.) ¡Si creerá esta señora que he hecho la guerra de la independencia!

RAF. También mi tío Luis me habla con frecuencia de este caballero.

GEN. Sí... Somos muy buenos amigos, y siempre nos hemos querido mucho.

TULA Precisamente para verle había venido el General. (Aparte al General.) Váyase usted. (Alto.) Y no habiéndole hallado, se retiraba ya, cuando me ofrecí á presentarlo á usted. Estos políticos están siempre tan atareados, que no se puede contar con ellos nunca. (Aparte al General.) ¡Que se vaya usted, hombre!

GEN. (Aparte.) Nada, que tengo que levantar el campo. (Alto.) Señora, Luis me conoce y sabe si soy leal en mis amistades. (A Tula.) Tula... (Aparte.) En las alianzas, siempre me toca la parte de las naciones chicas; me revientan. No tardaré en volver.

ESCENA III

TULA, RAFAELA

TULA También yo necesito dejar á usted pronto.

RAF. ¿Pues?

TULA Solamente he venido para decir á usted, que Carmen nos pertenece hoy por todo el día y por toda la noche.

RAF. Pero...

TULA No hay pero: la hemos secuestrado sin apelación. (Sonriendo.) Por supuesto, hemos contado con ella primeramente, y ahora vengo á solicitar el consentimiento de su hermana, que no ha de negármelo. El programa acordado en consejo de familia, es el siguiente: almuerzo, en casa; expedición á la hacienda de Pozuelo; paseo al Retiro y á la Castellana; comida y Real.

RAF. ¡Buen día!

TULA Aprovechado. Cantan *Lucrecia*, es primer turno y estará brillante. Si quiere usted ir á buscar á Carmen, ya sabe dónde puede hallarla. (Saca un papel.) Como es usted algo desmemoriada, aquí tiene el número del palco. Si Luis no puede acompañar á usted, vendremos á...

RAF. Iré con mi tío.

TULA Si hay alguna modificación en el programa, lo avisaremos por teléfono. O vendrá mi hijo á decírselo... porque llegó ayer.

RAF. ¿Quién?

TULA Mi hijo... y á propósito; sería muy conveniente que, cuando se presentase la ocasión, hablase usted de él á su tío. Luis le quiere mucho... ¿sabe usted? mucho... como que le sacó de pila y era muy amigo de mi pobre Hernández, que santa gloria haya... ¡pero como los hombres públicos tienen tanta cosa en la cabeza!...

RAF. Sí tienen, sí.

TULA Por eso digo, nadie mejor que usted...

RAF. Aprovecharé todas las ocasiónes que se me presenten para... Estos días está preocupado.

TULA ¿La política?

RAF. Eso, y aun sospecho que algún disgusto de familia... ya comprende usted que yo no le pregunto jamás sobre lo que puede contrariarle ó entristecerle... ¿Usted era muy amiga de la marquesa? ¿Viaja todavía?

TULA No sé, ni sabía siquiera que viajase.

RAF. Es extraño, siendo tan íntimas...

TULA ¡Bah! íntimas, no; nos tratábamos muy superficialmente...; ese trato... de sociedad; ni

más ni ménos. Nunca hemos intimado. Es un carácter tan diferente del mío... Pero no quiero molestar á usted más... Que no me olvide usted, por Dios... (Se levanta para despedirse y trata de impedir que Rafaela se levante.) ¡No se mueva usted, Rafaela; no lo permito! Hasta aquí nada más. ¿Irá usted? Platea, número 17... Hasta luego. (Vase.)

ESCENA IV

RAFAELA y FRANCISCO

RAF. Anda con Dios. Estas mujeres listas son insoportables. (Se mira á un espejo, se arregla el vestido, se alisa el cabello; después hace ademán de tocar el timbre, que no suena, y cuando va á repetir el toque sale Francisco.)

FRAN. ¿Llama la señorita?

RAF. (Aparte.) ¡Hola! ¡espiamos detrás de las puertas! (Alto.) ¡Sí; pensaba llamar! ¿Ha vuelto Rosario?

FRAN. Todavía no, señorita; ya tarda.

RAF. (Muy seco.) ¡No pregunto tanto! (Se oye ruido.)

FRAN. Ya está ahí ..

RAF. Dile que la espero.

FRAN. La señorita espera á usted. (Vase y pronuncia esa palabra al salir, como dirigiéndose á Rosa que llega; después ha de ocultarse detrás de una cortina, de modo que el público lo advierta.)

ESCENA V

RAFAELA y ROSARIO

ROS. Me he retrasado porque...

RAF. ¿Hiciste mis encargos?

ROS. Sí, señora; estuve con la señorita Carmen en casa de la señora de Hernández, allí me dijeron...

RAF. ¡Ya lo sé! ¿Y en casa del diamantista?

ROS. Me han dicho que en ménos de cinco mil pesetas no puede dar el aderezo.

RAF. No habrá más remedio que pasar por lo que ellos quieran... ¡Siempre han de salirse con la suya!... (Hace señas á Rosario para que se acerque y prosiguen hablando en voz baja.) ¿Sabes ya quién es el joven que vino esta mañana?

ROS. (Mirando con recelo á todos lados.) No lo sé; pero todo me hace presumir que era él.

RAF. ¿Qué te han dicho en la portería?

ROS. En primer lugar, me han dado unas señas que son enteramente las suyas; ¡además no ha querido decir su nombre!

RAF. ¡Pícaro! ¡para sorprenderme!

ROS. Y se ha enterado de las horas en que está el marqués...

RAF. Justo, para venir á otras.

ROS. Y si la señorita está segura de haberle visto ayer...

RAF. Segura no estoy... pero casi segura. No puedes figurarte lo que me alegrará volver á hablarle. (Vuelven á hablar alto.) En el tocador he dejado el sombrero; tráemelo y el devocionario.

ROS. Voy. (Se dirige á la puerta de la izquierda.)

RAF. ¡Ah! escucha.

ROS. ¿Señorita?...

RAF. (En voz bastante alta.) Si encuentras por ahí al bribón de Francisco, que probablemente estará escuchando detrás de alguna cortina, dile que entre; quiero hablarle. (Cuando Rafaela pronuncia estas palabras ha de notarse movimiento en la cortina de la puerta del foro, y el público debe ver á Francisco que se aleja con disimulo.)

ESCENA VI

RAFAELA, FRANCISCO, luego ROSARIO

FRAN. ¿La señorita me llamaba?

RAF. (Mirándole fijamente.) Has tardado mucho en venir; y antes, al revés, entraste demasiado pronto. No mides bien el tiempo.

FRAN. Señorita... no sé... no comprendo... (Confuso.)

RAF. Lo que yo te pago para que me sirvas, ya lo sé. ¿Cuánto te paga tu amo para que me espíes?

FRAN. (Muy aturdido.) ¿Yo?... Puedo asegurar á la señorita que... crea la señorita...

RAF. Está bien, no me lo digas, si no quieres; en realidad, me importa muy poco. Mi tío, ya lo sé, te ha colocado aquí para que le enteres de cuanto yo haga. (Movimiento de protesta de Francisco.) No te molestes en negarlo, sería trabajo inútil y yo tengo prisa: no has sido el primero, ni serás el último. (En este momento llega Rosario con el sombrero. Rafaela se lo pone al espejo y continúa hablando y mirándose.) ¿Estás contento en esta casa?

FRAN. Contentísimo.

RAF. Enhorabuena; pues te advierto que no gusto de ser espiada. El marqués te paga para que me vigiles. No me opongo á que cobres el salario, pero te prohibo que ejerzas el oficio.

FRAN. Pero, señorita, si yo...

RAF. (Interrumpiéndole.) Esta es la primera advertencia. Si no me desobedeces habrá sido la última. En otro caso, la segunda será plantarte en la calle. Y no confíes en la protección de tu amo. El no se opondrá á que yo te despida; pero si se opone, os despido al amo y á tí. Ya estás avisado. (Vase.)

ROS. (A Francisco.) Ya está usted avisado. (Vase.)

ESCENA VII

FRANCISCO solo.

Toma; y lo hará como lo dice. Eso se conoce á la legua. (Se pasea muy pensativo.) Mire usted que un hombre de mis circunstancias verse metido en estos lances, y teniendo que sufrir sobarbadas de ese calibre... Y todo ¿por qué? Vamos á ver: ¿por qué? Porque al bobo de mi amo... que es un grande

hombre, muy majadero, se le antoja ahora lo que no se le ha ocurrido nunca: darla de enamorado, ser celoso, y, lo que es peor, dejarse dominar por su sobrina. (Soltando la carcajada.) ¡Sobrina!.. Me gustaría saber dónde está el galgo que puede alcanzar este parentesco. Nada, este trabajo me parece poco. . poco... El, eso sí, lo paga bien... pues si no fuese por eso ¿quién lo aguantaba?

ESCENA VIII

FRANCISCO, LUIS

(Luis en este acto debe aparecer acicalado y elegante, sin llegar á lo grotesco, pero con alguna afectación.)

LUIS ¡Francisco! ¡Francisco!

FRAN. ¡Señor!

LUIS Me dicen que las señoritas no están. ¿A dónde han ido?

FRAN. La señorita Rafaela fué á misa, según creo.

LUIS ¿Crees? Yo no te pago para que creas, sino para que asegures. (Se pasea agitado.)

FRAN. Es que...

LUIS Es que, por lo visto, os habéis propuesto unos y otros desesperarme. ¿Es esto lo que me habías prometido? No te he traído aquí para que te pases durmiendo las horas en que es necesario velar.

FRAN. Pero si el señorito me oyera...

LUIS No quiero oir nada. (Con ira)

FRAN. Ea, pues ya que no sirvo para el caso, puede buscar el señor otro que le sirva. (Movimiente de irse.)

LUIS (Tranquilizandose.) Ven acá, hombre. Veinte años sirviéndome, y aún no conoces mi carácter... ¿Qué me decías?

FRAN. Que la señorita Rafaela llevaba el devocionario en la mano; por eso entiendo que está en misa. Yo podría haber salido detrás, pero temí que el señor viniese y se incomodara por no encontrarme.

LUIS Es verdad. ¿Lo vés? Si á mí con razones se me convence.

FRAN. Ahora todo se reducirá, me parece, á que yo me sitúe cerca de la iglesia, y mire si sale de allí al acabar la misa.

LUIS Eso es. (Cambio de tono.) Y para que veas cómo correspondo á la lealtad de mis servidores, toma. (Saca un oficio y se lo da.) Ahí tienes la credencial para tu sobrino.

FRAN. Muchas gracias, señor, muchas gracias. Ni yo, ni mi sobrino olvidaremos nunca...

LUIS Es menester que no lo olvides y que me sirvas con celo.

FRAN. ¡Oh! lo que es en cuanto á eso... yo. (Se da un tremendo golpe en el pecho.)

LUIS Ya lo sé. (En tono de confidencia.) Y vamos á ver. ¿En los pocos días que aquí llevas, no has advertido? .

FRAN. Nada, señor.

LUIS (Muy regocijado.) ¿Verdad que no? ¡Oh! Yo estoy muy seguro de que la señorita es incapaz de... pero por eso mismo es necesario vigilar. No tiene más pariente que yo. Nadie puede pensar mal de esto, porque ni mi edad, ni mis circunstancias ..

FRAN. En eso, el señor me perdonará que no sea de su opinión. La edad del señor es la mejor de la vida.

LUIS ¡Pche! Sí; la edad no es mala.

FRAN. Ni la edad, ni las circunstancias, ni nada... ¡Cuántos muchachos de esos canijos y escuchimizados, que ahora vemos, darían cualquier dinero por parecerse al señor!

LUIS No. La verdad (Muy halagado.) es que me siento ágil como nunca, y... pero así y todo (Sonriendo.) nadie puede creer que haya inspirado una pasión.

FRAN. (¡Bobo!) Eso es según. A veces... vea usted...

LUIS Sí; á veces nadie sabe cómo ni cuándo... Pero, en fin, hablo en general. No habrá quien vea en mí otra cosa que un segundo padre de esa criatura. Ella es buena.

FRAN. ¡Buenísima!

LUIS De un caracter tan dulce.

FRAN. ¡Muy dulce! (Aparte.) Como unas tueras.

LUIS ¡Y tan docil!

FRAN. (Aparte.) Eso, sobre todo.

LUIS Sabiéndola llevar el genio, se hace de ella lo que se quiere.

FRAN. (Aparte.) ¡Estás enterado! (Alto.) ¡Qué bien la conoce el señor!

LUIS Así, así. He necesitado estudiar un poco su caracter.

FRAN. (Aparte.) ¡Pues has aprovechado el estudio!

LUIS Y si yo te encargo que vigiles, que estés alerta, es solamente porque las precauciones nunca sobran, y porque... Ella es despejadísima, pero sabe poco mundo.

FRAN. Casi nada. (Aparte.) ¡Pero, qué tontos son estos sabios!

LUIS Y sería muy sensible que por una de esas casualidades... ¿comprendes?

FRAN. ¡Pues ya lo creo!

LUIS Nos encontrásemos ella... y yo mismo, en una situación ridícula... Esto es lo que hay precisión de evitar á toda costa... ¿estás?

FRAN. Estoy.

LUIS No descuides tu vigilancia.

FRAN. No la descuido.

LUIS Pues, anda. Vé á observar si sale de misa.

FRAN. Corriendo. (Aparte.) ¡En seguidita observo yo de dónde sale! (Vase.)

ESCENA IX

LUIS, solo

(Paseándose meditabundo.) Por supuesto que éste no cree ni una sola palabra de cuanto le he dicho. Y hace perfectamente en no creerlo; si estuviese yo en su lugar tampoco lo creería. Pero, si él no me cree, y yo sé que no me cree, ¿para qué se lo digo? (Pausa.) No lo sé... es decir, sí lo sé... Se lo digo porque estoy loco... ¡Vaya si lo estoy!... Y de remate. Tengo mis momentos lúcidos; este, por ejemplo... Entonces columbro lo ridículo de

mi situación y me propongo... ¡Pero esa lucidez se desvanece... y... nada... continúo en mi locura!... (Pausa.) ¡Qué sér tan extraño es Rafaela! ¡Y yo enamorado á mi edad y con mis canas... y ella sin saberlo todavía!... (Transición.) Pero estoy decidido... hoy hemos de salir de esta situación absurda. ¡Fuera bueno que al fin y al postre viniese, sabe Dios por dónde, algún sietemesino enteco, y con sus manos lavadas se llevase á la sobrina y dejase al tío á la luna de Valencia!... ¡Solamente el pensar en esto me enfurece! (Se pasea, y ve el papel de Tula en el velador.) ¿Qué es esto? ¿Qué papel es este? (Lo toma y lo lee.) «Teatro Real, platea, número...» ¡Y parece letra de hombre! (Gritando.) ¡Francisco! ¡Francisco! ¡Franciscoooo!

ESCENA X

LUIS, ROSARIO y dos ó tres criados

ROS. Señor.

CRIA. Señor.

LUIS Llamo á Francisco. ¿Dónde está Francisco?

RGS. Acaba de salir.

LUIS ¿Y por qué sale cuando le necesito yo?

ROS. No lo sé; me dijo que el señor le enviaba...

LUIS (Procurando dominarse.) Es cierto, lo envié á...

ROS. Ya...

LUIS ¿Eh? (Con furor.)

ROS. Nada. (Aparte.) ¡Qué chifladura, de señor! (A espalda de Luis, hace señas á los criados, que se ríen.)

LUIS Pero ahora quiero hablarle; aún no puede estar lejos; que vayan á buscarle inmediatamente. (Con impaciencia.) ¡Vamos! (Más impaciente.) ¡Volando! (Movimiento de los criados, que se dispersan gritando y corriendo.)

ROS. ¡Francisco!

CRIA. ¡Francisco! (Se asoma al balcón.)

CRIA. ¡Francisco! (Vanse.)

ESCENA XI

LUIS, el GENERAL y ROSARIO

LUIS ¿Qué palco es este? ¿Qué significa esta señal?

GEN. (Entra muy asombrado) ¿Qué pasa aquí? ¿Habrá fuego?

ROS. (Al marqués.) Ahí está, señor...

LUIS (Sin mirarle entrega el papel al General.) ¿De quién es esto, dime? (El General toma el papel con mucha calma, se coloca los quevedos y lo lee.) ¿Es usted? Creí...

GEN. Es el palco de Tula.

LUIS ¿De Tula?

ESCENA XII

DICHOS y FRANCISCO

FRAN. (Entra sofocado.) Aquí estoy, señor.

LUIS Vete ya.

FRAN. Me habían dicho...

LUIS Cuando te digo que te vayas...

GEN. Sí, Francisco, cuando te dice que te vayas... (Le hace señal de que salga.)

FRAN. (Aparte.) Por supuesto que este hombre acaba en Leganés. (Vase.)

ESCENA XIII

LUIS y el GENERAL

LUIS ¿De modo, que este palco es el de la viuda de Hernández?... ¿Está usted seguro?

GEN. Segurísimo, amigo don Luis; como que en el antepalco echo mis sueñecitos á primer turno. Además que, hace ahora muy poco, he visto aquí á Tula. Yo he venido antes... porque deseaba ver á usted para...

LUIS ¿Sí? ¿Y Tula estaba?

GEN. No, no estaba.

LUIS ¿Cómo?

GEN. Vino luego. Yo me proponía esperar á usted; tenía verdadero empeño en verlo, para...

LUIS ¿Y Tula vino pronto?

GEN. Sí... es decir, no sé si vendría pronto; yo, la verdad, me quedé como medio dormido, y cuando volví en mí, ya estaba aquí Tula... Ella quedó hablando con Rafaela; yo me despedí, pero como tenía deseos de hablar á usted...

LUIS ¿Y usted cree que Tula?...

GEN. Pues Tula, seguramente, invitó al teatro... á

LUIS Usted oyó...

GEN. No... oirlo no lo oí. Me despedí en seguida. (Aparte.) Me despidieron. (Alto.) Yo solamente me proponía decir á usted...

LUIS Pero, Tula...

GEN. ¡Caracoles!... (Alto y algo impaciente.) Tula invitó á Rafaela al teatro y dejó aquí la nota para que Rafaela no lo olvidase... No lo he visto, pero como si lo hubiera visto. ¿Está usted enterado? Corriente. Pues ahora quiero decir á usted...

LUIS (Distraído.) Diga usted, diga usted.

GEN. Que la propuesta de ascensos está ya á la resolución del ministro y que ha llegado la ocasión de empujar. Pregúntele usted.

LUIS ¿A Tula? (Muy preocupado, apenas atiende á lo que el General le dice y le contesta como por máquina.)

GEN. ¿Cómo á Tula? Al ministro. (¿Pero qué le pasa á este hombre?) (Alto.) Al... ¿Cómo anda usted con él?

LUIS ¿Eh?... Ah, ya; pues muy bien; perfectamente; le hablaré... (Aparte.) platea número diez y siete.

GEN. Por ahí se dice que el discurso de usted abrirá mañana brecha en el gobierno.

LUIS ¿Sí? (Muy indiferente.)

GEN. Pero esto no perjudica nuestro proyecto, antes le favorece. En casos tales, el adversario consigue siempre más favor que el amigo.

LUIS (Cómo y cuánto me aburre este buen señor)... (Alto,) Pero ¿usted no es íntimo amigo del ministro?

GEN. Sí, muy íntimo; pues por eso mismo; me quiere mucho y... no me hace caso... Conque, quedamos en...

LUIS ¿En qué?

GEN. En que hablará usted al ministro.

LUIS Sí; pienso hablarle esta misma noche.

GEN. ¿Con interés?

LUIS Con mucho interés. (¡Pero vete pronto!)

GEN. Corriente, pues hasta mañana... no faltaré mañana.

LUIS (Aparte y asustado.) ¿Hasta mañana?... (Alto.) Adiós. (Sin moverse de su sitio.)

GEN. No se moleste usted, Marqués, ¡gracias! (Vase.)

ESCENA XIV

LUIS, después un CRIADO

LUIS (Cuando ve salir al General toca el timbre.) ¿Has visto salir á un caballero?

CRIA. Sí, señor.

LUIS Pues si viene mañana, ó pasado, ó cuando venga.. le dices que no estoy...

CRIA. ¿Aunque sí esté el señor?..

LUIS Aunque sí esté. (Mirándole como para comprender si se burla de él.) Y ahora... ahora, no estoy absolutamente para nadie, ¿entiendes?

CRIA. Perfectamente.

LUIS Pues que no sea necesario repetirlo. (El Criado se vá; sale un instante por el foro y en seguida vuelve á escena.)

CRIA. Señor, viene ahí un caballero.

LUIS ¿Quiéres burlarte de mí, tuno?

CRIA. Si es...

LUIS Si no te vas de aquí... (En ademán de coger una silla.) Ya te he dicho que no estoy, que no quiero ver aquí á nadie... ¡largo!

ESCENA XV

LUIS, CARLOS

CAR. Bien; pero esa orden no rezará conmigo.

LUIS ¡Ah! ¿eras tú?

CAR. Era... y continúo siendo Pero sepamos: ¿estás en tu casa ó de visita?

LUIS De visita.

CAR. Pues me parece que no guardas la mayor compostura.

LUIS Tengo confianza. (Mal humorado.)

CAR. Ya se echa de ver; y aún creo que abusas...

LUIS Bien, dejemos esto. ¿Puedes explicarme la razón de haberme buscado en esta casa?

CAR. Es muy sencilla: necesité verte con urgencia. Te busqué en tu casa; desde tu casa me enviaron al Senado y en el Senado me han dicho que probablemente estarías aquí... y aquí me he venido y aquí estoy... ¿Te has enterado?

LUIS Perfectamente.

CAR. A no mediar esa circunstancia nunca hubiera yo pensado en buscarte aquí... donde vive ..

LUIS Mi sobrina, Rafaela. ¿No la conoces?

CAR. No... Pero por lo que todo el mundo dice...

LUIS ¡El mundo! (Con ira reconcentrada.) Si pudiera el mundo leer aquí (Golpeándose el pecho.) lo que de él pienso... se espantaría.

CAR. Pues si pudieses leer tú lo que el mundo piensa de tí, te suicidabas. Pero no hablemos de niñerías... créeme, al mundo le tiene muy sin cuidado lo que tú pienses. Además, yo venía...

LUIS ¿A qué? Dilo pronto; pero te anticipo la noticia de que no estoy para oir sermones.

CAR. ¡Sermones! ¡Yo! Pero, ¿cuándo te he predicado? No me tomes por un hermano de melodrama... Vengo á tratar lisa y llanamente un negocio.

LUIS ¿Te envía Dorotea?

CAR. Exactamente.

LUIS ¿Persevera en su negativa?

CAR. Más que nunca. Y dice, y aunque sea mi hermana tiene razón en esto, que es necesario y es urgente normalizar vuestra situación. Ella quiere...

LUIS También lo deseo.

CAR. Perfectamente; el arreglo no será difícil, porque...

LUIS Si te parece, saldremos juntos; voy á casa, vienes conmigo y allí podremos con más libertad...

CAR. Creo que es lo mejor.

ESCENA XVI

DICHOS y RAFAELA

RAF. (A Luis con cariño.) Buenos días, tío. (A Carlos ceremoniosamente.) ¿Caballero?

CAR. Señorita...

LUIS Rafaela, hasta luego.

RAF. ¿Pero qué? ¿Se va usted? ¿Ahora? Cuando llego... No, no; ahora no.

LUIS Sí, es necesario... Tengo que ir al Senado y salimos...

RAF. Pues en el Senado esperarán; (Con resolución.) y este caballero habrá de salir solo, caso de que no quiera descansar un momento. Es preciso que hablemos.

LUIS Hablaremos después.

RAF. (Con insistencia.) Tenemos que hablar ahora mismo.

LUIS Bueno, pero...

CAR. (Aparte á Luis.) Observa que lo del Senado es interesante y que nuestro asunto es muy serio. (Esto lo dice de manera que Rafaela lo oiga.)

RAF. (Dirigiéndose á Luis.) Tío de mi alma, bueno sería que usted dijese á su amigo, ya que, por lo visto, ó no lo sabe ó lo ha olvidado, que para un hombre atento nada interesa más que escuchar á una señora que suplica,

y que no es este sitio adecuado para pretender, ni hablar de negocios.

LUIS (Aparte á Rafaela.) Haz el favor de reparar...

CAR. La señora tiene mucha razón; (Dirigiéndose á Luis.) has debido comenzar por presentarme. (Movimiento de Luis como para hacerlo.) Ahora es inútil, porque salgo inmediatamente de esta casa con el propósito firme de no volver. (Encogimiento de hombros de Rafaela.) Comprendo que á la señora le importará muy poco de esta determinación mía, y lo celebro, porque habría yo sentido mucho causarla un disgusto innecesario. Bien será que le expliques luego que yo salga, que no soy un pretendiente, sino el hermano de tu mujer.

RAF. ¡Ah! Eso es distinto; yo ignoraba.

CAR. (Sin atender á Rafaela.) Y ahora vas al Senado, cuando te acomode, ó no vas, si eso te parece mejor. A mí me buscas cuando quieras; ya sabes que salgo muy poco de casa y que no es necesario visitarme en otra, porque no tengo más que una. Adiós. (Saluda muy fríamente á Rafaela y vase.)

ESCENA XVII

RAFAELA y LUIS

RAF. (Riendo.) Pero, tío; ¿por qué no me ha dicho usted que era pariente suyo ese caballero?

LUIS Pero, sobrina, ¿me has dejado tiempo para decírtelo? ¡Eres tan vehemente!

RAF. Vamos, en esto, como en todo, he de tener yo la culpa de lo sucedido... Ya remediaremos el daño. Ahora (Se quita el sombrero, mirándose al espejo, se arregla el peinado y continúa hablando.) voy á decir á usted...

LUIS Dí. (Sonriendo.)

RAF. ¿A que no adivina usted de dónde vengo?

LUIS ¡Qué sé yo!.. ¿De la iglesia?

RAF. Es verdad; primeramente estuve en misa, como casi todas las mañanas, y después...

(Cambiando de tono.) he querido dar á usted una sorpresa.

LUIS (Siempre sonriendo.) ¿Una sorpresa ó un susto?

RAF. (Mirándole enojada.) ¿Cómo un susto?

LUIS Es una broma.

RAF. Pues me parece una broma muy pesada.

LUIS (Sin dejar el tono chancero.) No hagas caso, mujer, no hagas caso y venga el susto. (Movimiento de Rafaela.) Digo, la broma; digo, la sorpresa.

RAF. (Saca un estuche, lo abre y se lo muestra.) Esto. (Pausa.) ¿Qué tal?

LUIS (Indiferente.) Muy bonito aderezo.

RAF. Verdad. (Con entusiasmo.)

LUIS ¡Vaya! ¿Y cuánto?...

RAF. Seis mil pesetas.

LUIS ¿Nada más? (Con ironía.)

RAF. Es muy barato.

LUIS Casi de balde.

RAF. Han bajado mucho las piedras.

LUIS Sí, están por los suelos. Bueno, se pagará; ya sabes que no puedo negarte nada; pero, Rafaelita, por Dios, si no tienes intención de arruinarnos, que sería de muy mala intención, no vayas á misa tan á menudo.

RAF. (Muy sorprendida.) ¿Arruinarnos? Suponía yo que mi fortuna bastaba para satisfacer algún capricho.

LUIS ¡Pche! tu fortuna... (Aparte.) ¿Pero, esta muchacha es tonta del todo, ó se burla de mí? (El teléfono suena, Luis va directo á él; Rafaela le détiene.)

RAF. Acabe usted.

LUIS Déjame ahora.

RAF. No, tío; quiero saber... (El teléfono sigue tocando.) ¡No callará ese maldecido aparato! (Rafaela se acerca y cuelga los aisladores.) Ea, se acabó.

LUIS ¿Qué haces, mujer?

RAF. (Muy satisfecha y sonriendo.) Interrumpo la comunicación. Ahora, que llamen cuanto quieran.

LUIS Mira que...

RAF. No miro nada. Es necesario que hablemos con toda claridad. Usted, como tutor de Carmen y como administrador de cuanto poseo,

debe de conocer mejor que yo misma, cuál es mi situación ahora. (Movimiento afirmativo de Luis.) En resúmen. ¿Estoy en el caso de reducir mis gastos? ¿Sí, ó no?

LUIS (Aparte.) Por supuesto que yo tengo la culpa, por no haber dicho desde un principio que su pobre marido no le dejó un céntimo... Pero, ahora, ¿quién se lo dice?

RAF. Tío... que estoy esperando su respuesta.

LUIS (Muy cariñoso.) Mi respuesta... Sobrina, reducir los gastos es siempre juicioso; porque tú sabes, es decir, no sabes, pero puedes saber cuando quieras...

RAF. Tío, no vaya usted á creer que trato de exigirle cuentas.

LUIS (Con sonrisa irónica.) Muchas gracias. (Aparte.) Pues, señor, este es el colmo de la candidez ó el colmo del disimulo.

RAF. Vaya una risita. (Muy enojada.) ¡Tío, no puede usted imaginarse lo que me molestan esas risas! (Se aleja de él y se sienta de espaldas á él. Pausa.)

LUIS (Acercándose.) ¿Te has enojado?

RAF. Mucho. Eso que usted hace no está bien, ni medio bien.

LUIS ¿Pero, qué?

RAF. ¡Reirse de ese modo!

LUIS Me reiré de otro.

RAF. No parece sino que está usted echándome en cara las atenciones que le debo.

LUIS ¿Podrías suponer?...

RAF. No supongo, veo; y (Se levanta y coge como distraidamente el estuche y hace ademán de marcharse.) lo que veo me mortifica. Hay momentos en que siento impulsos de rogar á usted que no vuelva á verme.

LUIS ¿Y tendrías valor para? (Alarmado.)

RAF. ¡Vaya!... tengo yo valor para eso y para mucho más. (Se dirige á la puerta.) Adiós.

LUIS (Deteniéndola,) Hagamos las paces.

RAF. (Sonriendo.) Las hemos hecho muchas veces y usted no se enmienda.

LUIS Te prometo no disgustarte más.

RAF. ¿Me lo promete usted de veras? (Volviendo la cara muy sonriente.)

LUIS Bajo mi palabra.

RAF. Corriente, y me alegro. No hay cosa que más me disguste que enojarme. Somos amigos, ahí va mi mano.

LUIS Gracias, Rafaela. (Va á besársela y Rafaela la retira.)

RAF. Vamos, un poco de formalidad, tío. Y le advierto á usted que no hago las paces, sino con una condición.

LUIS Aceptada.

RAF. Mejor dicho: dos condiciones.

LUIS Sean dos.

RAF. (Pensando un poco.) Es decir, tres.

LUIS Las que sean. (Sonriendo.) Todas las acepto.

RAF. Primera: esta noche vamos al Real.

LUIS ¿Y mi discurso de mañana?

RAF. Lo prepara usted á la vuelta... para usted preparar un discurso es coser y cantar. ¡Vaya, con ese talento!...

LUIS Corriente.

RAF. Segunda: que mañana ha de recibir usted y oir á mi protegido

LUIS ¿Qué protegido?

RAF. Uno de ellos... el que más me molesta, porque como usted, grandísimo mentiroso, dice por ahí que me quiere tanto, no puede usted figurarse lo abrumada que estoy de pretendientes.

LUIS ¿Eh?

RAF. De recomendaciones para mi tío.

LUIS Ya, ¿y ese?...

RAF. Es don Germán García.

LUIS ¿Don Germán? ¡horror!

RAF. No; pues tiene usted que recibirle; lo he prometido...

LUIS Corriente; lo recibiré, ¿y qué más?

RAF. Que ha de proteger usted al hijo de mi amiga Tula.

LUIS ¿A mi ahijado?

RAF. Ese.

LUIS (Aparte.) ¡Oiga! (Alto.) ¿Sabe usted, señorita, que no me agrada verla convertida en intercesora de jóvenes guapos y elegantes?...

RAF. ¡Bah! ¡bah! ¿Qué tengo yo que ver con los

jóvenes elegantes? En mi vida he visto á ese muchacho... prometí á Tula que se lo recomendaría á usted con empeño y cumplo mi promesa.

LUIS Más vale así... Y siendo de ese modo le pretegeremos.

RAF. ¿Siendo de este modo? ¿Y si fuera de otro? (Aparte.) ¡Vamos, se decide!

LUIS Si fuera de otro... no le protegeríamos.

RAF. Qué gracioso es usted, tiito. (Con dulzura.)

LUIS (Aparte.) Es indudable que me anima. La ocasión no puede ser más oportuna. (Alto.) ¿Pues qué, te parece á tí que había de gustarme verte enamorada del primer botarate?..

RAF. Tío... ¡qué mal trata usted á su ahijado!...

LUIS No me refiero precisamente á mi ahijado... hablo de cualquiera. Por fortuna me ha parecido notar en tí poca afición á ciertos amoríos... ¿me equivoco? Vamos á ver. ¿A que te han gustado siempre las personas serias y?..

RAF. Y respetables. (Interrumpiéndole.)

LUIS Eso es... (Pausa y transición.) Yo... ya lo sabes; no te traté hasta después de morir tu marido... de manera que nada sé de tu vida... ni me has contado nunca...

RAF. Porque usted no me ha preguntado.

LUIS Es decir que si te hubiera preguntado me habrías dicho...

RAF. ¿Por qué no?

LUIS ¿Todo?

RAF. (Riendo.) Todo... todo, precisamente, me parece mucho; pero casi todo...

LUIS Pues bien; no hemos perdido nada... porque ahora te preguntaré... y... (Pausa.) Vamos á ver... sé franca... ¿Estuviste muy enamorada de tu marido?

RAF. Pche... regular.

LUIS ¿Nunca le engañaste? (Sonriendo.)

RAF. ¡Tío!... (Enojo fingido.)

LUIS He querido decir con el pensamiento.

RAF. Ni así.

LUIS ¿De modo que tú no has querido á ningún hombre?

RAF. (Sonriendo.) Tanto como á ninguno...

LUIS Me parece que es claro; no amaste á tu marido; no le hiciste traición ni con el pensamiento; después de viuda no te ha visitado hombre alguno.

RAF. ¿Pues y usted? (Riéndose.)

LUIS (Aparte.) No puede estar más claro. (Alto.) Mira, querida Rafaela, que si yo fuese vanidoso podría interpretar esas palabras... muy en favor mío, y yo... (Acercándose mucho.)

RAF. (Muy tranquila.) Pero como usted no es vanidoso, no sospechará tal disparate.

LUIS (Aparte y perdiendo su aplomo.) ¿Eh? ¡Pero esta muchacha es incomprensible! (Alto.) ¿Disparate? hija, eso me parece... me parece demasiado duro.

RAF. Disparate lo llamo... ¿qué se yo?... porque á usted no puede habérsele ocurrido que una muchacha... además... el amor y el respeto, no van nunca juntos... y yo le respeto á usted tanto...

LUIS (Aparte.) Vaya, le tocó su turno al respeto. (Alto.) Pero en resumidas cuentas... todavía no me has dicho si...

RAF. ¿Si he querido á alguno? Pues... (Aparte.) Ahora verás. (Alto.) Pues... sí. (Movimiento de Luis.) Sí, señor; he querido. . y mucho.

LUIS Pero ¿á quién? (Con ansiedad.)

RAF. A usted... (Movimiento de Luis para abrazarla.) Se lo puedo decir con toda franqueza; á un muchacho muy guapo; le quise con toda mi alma; con locura... He tenido, ¿por qué no había de tenerla como todas? mi novela de niña. Fué antes de casarme; conocí á un joven que se enamoró de mí; yo, es claro, me enamore de él... ¡qué tiempo aquel! tío. . Eramos Julia y Romeo; nos quisimos tres meses... luego... ¡pche!... me casé... y no he vuelto á verle... (Pausa.) Ya sabe usted mi historia.

LUIS (Que ha oído visiblemente contrariado la relación de Rafaela, guarda un rato de silencio, y después de un rato la mira sañudamente y dice.) ¿Y queriéndole así, te casaste?

RAF. ¿Qué había de hacer? Mis padres me dige-

ron que era conveniente. El no podía casarse; figúrese usted un estudiante que estaba principiando su carrera... En fin, me casé como se casan otras, como se casan todas... ¡No habrá muchas mujeres que se casen con el primer novio que tuvieron!

LUIS Está bien. (Procurando serenarse.) Pero eso fué, tú misma lo has dicho, una novela, una niñería de colegiala, en la que no debes pensar más. Ten por seguro que no volverás á ver á tu Romeo... el cual, de fijo, no se acuerda de tí.

RAF. ¡Vaya si se acuerda!..

LUIS ¡Eh! (Muy alarmado.)

RAF. Estoy muy convencida de que no se ha olvidado de mí; como yo no me he olvidado de él... ¡Si usted no puede figurarse lo que nos queríamos!.. Era una atrocidad, tío... era una...

LUIS Bien, basta; no necesito saber más. Ya es hora de que pienses en cosas de más importancia, y para esto quiero decirte...

ESCENA XVIII

DICHOS, ROSARIO

ROS. (Entrando precipitadamente.) ¡Señorita! (Hace una seña á Rafaela.)

LUIS Llévete el diablo.

RAF. ¿Qué hay?

ROS. La modista espera en el tocador.

RAF. (Riendo.) ¡Ah! Pues eso es muy interesante; al momento voy. Ahora, mi buen tío, dejo á usted en libertad para que vaya al Senado. No olvide usted lo prometido.

LUIS ¿Eso significa que hoy no quieres darme de almorzar?

RAF. Hoy no puede ser; no almuerzo en casa.

LUIS ¿Pues dónde? ¿Con quién? (Alarmado.)

RAF. (Riéndose y en voz baja á Luis.) Con Romeo. Vamos, Rosario, con Romeo. (Vase.)

ESCENA XIX

LUIS

LUIS (Que se queda como recogiendo lo que hay en el entredós.) Va riéndose... es claro... ¡riéndose de mí! ¡De mí! á quien en casa todos respetaban y temían. Hasta en el rostro de su doncella me ha parecido vislumbrar una sonrisa burlona... ¿Seré el hazme reir de todas? ¿Qué mucho si yo mismo me parezco ridículo y despreciable? (Pausa.) ¿Será verdad que espera á Romeo?.. Lo sabré. El recurso es gastado, pero no pierde su eficacia: finjo salir y vuelvo cuando no me esperen. (Vase despacio.)

ESCENA XX

ROSARIO, después RAFAELA

ROS. (Dirigiéndose al foro.) ¡Bendito de Dios vayas!.. Creí que no se marchaba nunca este buen señor y que íbamos á tener el disgusto hache.

RAF. Pero ¿dónde está la modista?

ROS. (Riendo.) Estará en su casa.

RAF. ¿Cómo?

ROS. Si es que le he visto y viene...

RAF. ¿Quién?

ROS. El caballero de esta mañana.

RAF. ¿Estás segura? (Muy alegre.)

ROS. Segurísima... Pero usted misma puede verle por el balcón.

RAF. ¡Voy corriendo! (Se acercan al balcón.)

ROS. Mírele usted, ahora cruza la calle.

RAF. No es él. (Triste.)

ROS. ¿Quién es, entonces?

RAF. No lo conozco.

ROS. El portero, como ya está advertido, le dejará subir.

RAF. Anda, baja á la portería y dí tú misma á ese

buen señor que no se moleste en volver, que yo no recibo nunca visitas de personas que ocultan su nombre.

ROS. ¿Y si me dice su nombre?

RAF. Vienes á decírmelo y entonces veremos.

ROS. Está muy bien. (Vase.)

ESCENA XXI

RAFAELA mira por el balcón. LUIS entra poco á poco y se acerca á Rafaela sin que ésta lo vea.

RAF. Nada, que no le he visto en mi vida, y sin embargo, me parece...

LUIS ¿Qué miras?

RAF. (Sobresaltada.) ¡Ay! (Viendo á su tío.) ¡Qué atrocidad, tío!.. ¡No me ha dado usted mal susto!

LUIS Está bien; pero, ¿qué mirabas?

RAF. (Con desparpajo.) Miraba lo que me parecía... ¿O es que no puedo ver quién pasa por la calle?

ESCENA XXII

DICHOS y ROSARIO

ROS. (Entrando muy deprisa.) Dice que volverá. (Viendo á Luis, oculta una tarjeta.)

LUIS (La sorprende.) ¿Qué tarjeta es esa? Dámela.

ROS. (Vacilando.) Yo...

RAF. Dá esa tarjeta al señor marqués.

LUIS (La toma y lee, quedándose asombrado.) ¡De mi hijo!

RAF. Mi primo... y ¿por qué no ha pasado? ¡Tengo tantas ganas de conocerlo!

LUIS (Guarda silencio un rato.) Rosario: déjanos solos.

RAF. Vete. (Rosario vacila en obedecer.)

ROS. Bien. (Vase.)

ESCENA XXIII

LUIS y RAFAELA

LUIS — Expliquémonos (Con voz reconcentrada y después de mirar á todas partes.) de una vez, Rafaela... ¿qué soy ya para tí?

RAF. — ¿Qué quiere usted decir, tío? No le comprendo...

LUIS — Basta de dudas y de ambigüedades... ¿Qué papel represento yo en tu existencia? ¿Soy un juguete tuyo, con el que te distraes á tu capricho? ¿Soy un hombre á quien concedes alguna estimación? Esto es lo que te pregunto ahora; esto es lo que debes decirme.

RAF. — ¿Pero no lo sabe usted ya?... Es usted un pariente á quien quiero y respeto y un administrador á quien estoy agradecida...

LUIS — ¿Nada más?

RAF. — Nada más.

LUIS — Pues soy algo más, mucho más que eso...; soy un hombre que te ama desde que te vió, que está loco de amor por tí... si loco; no te burles, Rafaela... pero así es... ¿No lo habías adivinado?

RAF. — No. (Aparte.) ¡Ni que fuese una ciega!

LUIS — Pues bien; eso que tú no habías adivinado, eso que yo he procurado ocultarte... por miedo á tu desdén... el mundo lo conoce, mi familia la sabe... Por eso ha venido mi hijo... á rogarte, sin duda, que me separes de tu lado.

RAF. — (Aparte.) ¡Ay, qué gracia!... La escena de la *Traviata* vuelta del revés. El hijo en busca de papá. (Aparte.) Me deja usted absorta... ¿Quién hubiera creído que usted, tan serio... y tan respetable?...

LUIS — Dejemos á un lado seriedades y respetos, porque ha llegado el momento en que ha de resolverse nuestro porvenir... Tú, para el mundo, no eres solamente mi sobrina: eres mi amante.

RAF. Pero usted sabe que eso no es verdad. ¡El mundo me calumnia!

LUIS La calumnia, lo mismo que todo lo ruín, es cobarde; se ensaña con los que la temen y huyen; retrocede ante los que la salen al encuentro y la desafían... Salgamos al encuentro de la maledicencia.

RAF. (Fingiendo extrañeza y temor afectados.) Tío, no comprendo bien lo que usted me dice, y... tengo miedo de comprenderlo...

LUIS (Cada vez más resuelto.) Pues necesito que me comprendas... no es ya dable disimular, ni retroceder. Mi casa hace ya mucho tiempo que está abandonada, y sola y triste.

RAF. (Como imponiendo silencio.) Basta... ni una palabra más, tío.

LUIS ¡Ah, no basta! Has de oirme hasta el fin. (Ruido de voces.)

RAF. (Acercándose á la puerta.) ¿Qué ocurre?... ¡Rosario!

ESCENA XXIV

DICHOS, ROSARIO

ROS. Señorita.

RAF. ¿Qué alboroto es ese?

ROS. Es un caballero muy joven, que está empeñado en entrar, y...

RAF. ¿Empeñado? ¿Y por qué? ¿Quién es?

ROS. Yo no lo conozco; dice que es hijo de la señora de Hernández.

LUIS ¿De Tula? ¿Y á qué viene aquí ese badulaque?

ROS. Pues á decir á la señorita que no hay función esta noche en el Real y que van á Lara.

LUIS Corriente; ya estamos enterados, dile que se retire.

RAF. (Con gravedad.) No, yo no puedo despedir así al hijo de mi amiga; dile que pase.

ROS. Está bien. (Vase.)

ESCENA XXV

LUIS, RAFAELA, después FÉLIX

LUIS (En tono de reconvención.) ¡Rafaela!

RAF. Es conveniente que yo conozca á mi protegido.

LUIS Pero...

RAF. No más, tío, no más; concluirá usted por desazonarme de veras. (Se separa bruscamente de Luis y se aproxima al espejo.)

FÉL. (Entrando.) ¿Usted aquí, padrino? (Le da la mano,) ¿La señora de Rodríguez?...

RAF. Yo soy... ¡Ah! (Volviéndose á él.)

FÉL. ¿Usted?... Tú... ¡Julieta!

RAF. ¿Aquí tú? ¡Romeo! (Se lanzan uno en brazos de otro.)

LUIS (Asombrado, aturdido.) ¡Ellos! ¡Me he lucido!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero.—Es de noche; profusa iluminación.—Un bronce artístico á la derecha

ESCENA PRIMERA

FRANCISCO solo. Al levantarse el telón ha de advertirse gran movimiento de los criados; por el foro atraviesan, como si vinieran del jardín, camareros que llevan enormes portaviandas; Francisco, cómodamente arrellenado en un sillón, lee periódicos

(Leyendo.) «Y como no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague, hoy hará uso de la palabra en la alta Cámara el ilustre le... le... leader.» (Hablando.) ¡Leader!... ¿qué demonio vendrá á ser esto? Usan los periódicos unos términos tan enrevesados... (Sigue leyendo.) «El ilustre leader de las minorías, el elocuente marqués de Pozo Hondo.» (Hablando.) Toma, pues si es mi amo... no sabía yo que le hubiesen hecho *leader*... ¡Ay! para estos es el mundo. También aquí hablan de mi amo; y también hay palabras que no entiendo: «el *cosí*, el *cosí*...» No lo he oído nunca... «los políticos *sandíos*...» ¿Políticos *sandíos?*... ¡Como no hayan querido llamarlos melones.

ESCENA II

FRANCISCO y EL MAYORDOMO

MAY. Señor Francisco. (Pronunciación algo francesa.)

FRAN. Voy. (Se levanta muy precipitadamente, pero al ver que es el Mayordomo vuelve á sentarse.) ¿Qué hay?

MAY. Que han venido los camareros de Lhardy.

FRAN. Bien venidos... ¿y qué?

MAY. Que van á poner la mesa.

FRAN. Que la pongan.

MAY. Ya... pero yo no sé cuántos van á comer.

FRAN. Yo tampoco.

MAY. (Desesperado.) ¡Pues bien estamos!

FRAN. ¿Tiene usted más que preguntárselo á los camareros?

MAY. ¡Bah! ¿Qué van á saber ellos?

FRAN. Ya sabrán para cuántos esta encargada la comida.

MAY. ¡Bah!... eso también lo sé yo... como que encargué hace tres días la comida de veinte cubiertos.

FRAN. Pues, hombre, ponga usted veinte cubiertos, y no yerra.

MAY. (Impaciente.) Pero, señor Francisco, eso no puede ser... ¿y si después hay más convidados ó menos?

FRAN. Pues se añaden cubiertos ó se quitan.

MAY. (Haciéndose cruces.) ¿Pues qué, no hay más que quitar cubiertos ó ponerlos? (Con gravedad cómica.) A una mesa puesta, según arte, no es lícito tocar... se destruye toda perspectiva... ¡Pues, hombre, ni que se tratara de un *restaurant* de ferrocarril! (Muy afligido.) Esto es para desesperarse, señor Francisco; contratiempos así pueden ser el descrédito de un *maitre d'hotel.*

FRAN. ¿Y qué quiere usted que yo le haga?

MAY. Pues buscar al señor marqués, preguntar, enterarse... (En tono de reprensión.) ya que no está usted como debería estarlo.

FRAN. (Levantándose.) Oiga usted, señor maestro de

hotel ó lo que usted sea. . á mí nadie tiene que recordarme el cumplimiento de mi deber... Ni yo recibo órdenes más que del amo... ¡Me gusta!

MAY. (Más tímido.) Sí... sí... lo comprendo, señor Francisco; pero es que precisamente se trata de órdenes del señor marqués. (Cambio de tono.) Hace cuatro días me encontré con él en la escalera; yo bajaba; él subía... y es natural, nos encontramos... Se detuvo... presumí que iba á reñirme porque no utilizaba yo, como debía, la escalera de servicio; pero no, se detuvo para preguntarme:—¿Sabe usted á cuántos estamos hoy?—A primero de Febrero,—le respondí.—Corriente; pues eso quiere decir que dentro de cuatro días, el cinco, es mi santo. En ese día quiero comer en casa con algunos amigos. Todavía no sé cuántos serán; pero no ha de pasar de veinte; disponga usted que para esa noche nos sirva Lhardy una comida de veinte cubiertos, y eso facilitará la tarea de usted... pero cuide usted de todo lo demás... en usted confío.—Haré lo que pueda,—respondí;—pero así para la disposición de la mesa, como para su ornamentación artística, sería conveniente saber...—Todo lo sabrá usted por Francisco—dijo—sin permitirme seguir;—él vendrá ese día y traerá mis instrucciones.—Y como usted ha venido...

FRAN. He venido: pero sin instrucciones. (Aparte.) ¡Bonito humor tenía mi amo para instrucciones!

MAY. ¿Y qué hago?

FRAN. Lo primero de todo, dejarme en paz; después haga usted lo que quiera.

MAY. Corriente. (Desesperado.) Este golpe me desacredita y... (Vase.)

ESCENA III

FRANCISCO, CARLOS

CAR. ¿Qué significa esto? (Mirando á todas partes con asombro.) ¿Se casa alguien?

FRAN. Señorito Carlos... ¡cuánto me alegra que haya usted venido!

CAR. (Riendo.) Muchas gracias, hombre.

FRAN. El señor estaba haciendo muchísima falta.

CAR. (Con extrañeza.) ¿Yo?... En fin, aquí estoy, ¿quién me necesita? (Pausa.) ¿Tú?

FRAN. ¡El señor se burla! ¿cómo había yo de atreverme?... Mi amo.

CAR. ¿Está aquí?

FRAN. En este momento, no, señor.

CAR. Vamos, estará en casa de su sobrina.

FRAN. ¡Quiá!... Eso ya se acabó.

CAR. (Demonio, hay que enterarse.) ¿Pues qué sucede?

FRAN. Si quiere el señor que le sea franco.

CAR. Sí, hombre, sí; ¿por qué no has de serlo?

FRAN. Pues no lo sé... Pero tío y sobrina han rifado.

CAR. Para hacer las paces mañana.

FRAN. Sí, sí paces... Han roto para siempre, y hablar ahora á mi señor de su sobrina, es como hablarle del demonio... ¡Peor!

CAR. ¿Pero, cuándo ha sucedido eso?

FRAN. Ayer mismo. La sobrina estará hoy camino de Francia y nosotros estamos aquí desde anoche.

CAR. (Esto es grave... hay que decir á Dorotea...) Bien, pues buenas tardes.

FRAN. Pero, ¿se vá el señor?

CAR. ¿Y qué hago aquí? Tu amo no está... Le dejo mi tarjeta de felicitación y hasta otra.

FRAN. Vendrá inmediatamente; estoy seguro de que no tardará ni un cuarto de hora... Mi amo tiene muchos deseos de ver al señor... dos veces he ido con el recado.

CAR. ¿A mi casa?

FRAN. Sí, señor.

CAR. Nada me han dicho.

FRAN. (Con aire misterioso.) No sé por qué, se me figura que está meditando algo muy serio. (En voz baja.) Por de pronto, tengo orden de arreglar las maletas.

CAR. (Tal vez sea mejor que yo no me aleje.) Corriente, me quedo; pero es menester que avise para que no me esperen. ¿Está Cristina?

FRAN. Sí; creo que sí.

CAR. Pues haz el favor de enviármela; ella sabe la casa.

FRAN. Al momento. (Vase.)

ESCENA IV

CARLOS, CABALLEROS 1.º y 2.º

CAR. (Se sienta para escribir.) Es preciso que Dorotea tenga noticia de esto inmediatamente... ¡quién sabe si!... (Escribe muy deprisa.)

CABS. 1.º y 2.º (A duo.) Enhorabuena señor don Luis.

CAR. ¿Eh? (Levantando la vista.)

CAB. 1.º Dispénse usted, habíamos creído...

CAB. 2.º ¿El marqués no está?

CAR. Me parece que no.

CAB. 1.º Esperaremos.

CAB. 2.º Esperaremos.

CAR Bien... yo, si ustedes me lo permiten, voy á continuar; es urgente.

CAB. 1.º ¡Oh! continúe usted.

CAB. 2.º Continúe usted.

CAB. 1.º (Al segundo.) ¿Quién es este?

CAB. 2.º (Al primero.) No lo conozco; parece de casa.

ESCENA V

DICHOS y DON GEMRÁN

GERM Señores.

CAB. 1.º Usted, como nosotros, viene á dar la enhorabuena al marqués.

GERM. Sí, á eso venía; ¿no se le puede ver?
CAB. 1.º Esperándole estamos.
GERM No debe tárdar.
CAB. 1.º Buen discurso ¿eh?
CAR. 2.º ¡Ah! (Prosiguen hablando.)

ESCENA VI

DICHOS y CRISTINA

CRIS. Aquí estoy, señorito.
LUIS (Cerrando el sobre.) Lleva esto ahora mismo, en un vuelo, á mi hermana.
CRIS. ¿Ocurre algo?
LUIS Sí, algo ocurre; pero yo no lo sé, y á tí no te importa. Lleva esto y á nadie digas una palabra.
CRIS. Descuide el señor.
CAR. Si mi hermana te dá algún recado para mí, entras, preguntando si te han llamado... si no, nada más. Anda, no te detengas.
CRIS. Volando. (Vase.)

ESCENA VII

DICHOS, ménos CRISTINA

CAB 1.º (A don Germán.) ¿Usted sabe quién es aquél viejo?
GERM. Sí; el hermano político del marqués.
CABS. ¡Ah! (Se dirigen á Cárlos y le dan la mano.)
CAB 1.º A usted también, ya que pertenece á la familia, deben alcanzar nuestros parabienes.
CAB. 2.º ¡Oh, sí!
CAR. Agradezco...
CAB. 1.º Usted, por supuesto, habrá ido hoy al Senado.
CAR. (Indiferente.) ¿Al Senado? no voy por allí nunca.
CAB. 2.º ¡Oh! ¿no?
CAB. 1.º ¡Qué discurso el de nuestro don Luis!

CAR. ¿Bueno, eh?

CAB. 2.º ¡Ah!

CAB. 1.º ¡Un prodigio!... ¡Esos son discursos!... Toda la prensa de la mañana lo anunciaba como...

CAR. Vamos, ¿como un espectáculo?

GERM. ¿Y ustedes lo han oído?

CAB. 1.º No he podido y lo siento mucho...

CAB. 2.º Tampoco yo... y lo siento también... ¡Ah!

CAB. 1.º Pero, Sandoval, á quien he hablado en la Castellana, dice que ha sido de lo que no se oye... Iba á la redacción con el propósito de publicar hoja extraordinaria.

GERM. Pues, entonces, ciertos son los toros.

CAR. ¿Qué toros?

GERM. Que de seguro hay crisis.

CAB. 1.º Eso, por de contado, *Va sans dire*... No hay ministerio que resista á un discurso del atleta de la oratoria parlamentaria.

GERM. De modo que ustedes también creen segura la crísis.

CAB. 1.º Inevitable.

CAB. 2.º ¡Oh, inevitable!

CAB. 1.º El secreto de esos discursos que producen crisis, solamente el marqués lo posee... Discursos sobrios... sin hojarasca, sin floreos... de muy pocas palabras, pero contundentes: á la inglesa.

CAR. Eso; como los bisteks. (Se aleja del grupo.)

GERM. (En voz baja al Caballero 1.º) Pues, vea usted lo que son las cosas: á mí me habían asegurado que el discurso había sido muy flojito.

CAB. 1.º ¡Qué dislate! ¿Y quién ha dicho eso?

GERM. ¡Que el ministro había pulverizado á Pozo Hondo!... Estoy seguro de que el marqués...

CAB. 1.º Pues, yo estoy convencido de que el ministro...

ESCENA VIII

DICHOS; EL GENERAL

CAB. 2.º Eso es un desatino... el marqués...
GERM. Pues no es desatino... porque tampoco el otro es rana...
GEN. Caballeros... (Aparte.) ¡Qué concurrencia!
CAB. 1.º (A don Germán.) Aquí tenemos á quien podrá sacarnos de dudas. (Todos se dirigen al General,)
GEN. Muy bien venido, General.
GEN. ¡Muy bien hallados!
CAB. 1.º Ha estado usted en el Senado esta tarde?
GEN. De allí vengo...
CAB 1.º ¿Y don Luis?
CAB. 2.º ¿Y el marqués?
GERM. ¿Y Pozo Hondo?
GEN. (Aparte.) ¿Qué es esto? (Alto.) Pensé que lo encontraría aquí. ¿No está?
CAB. 2.º ¡Oh, no!
GERM. Todos estamos esperándolo.
CAB. 1.º Para darle mil plácemes.
GEN. ¿Sí?
CAB. 2.º ¡Oh, sí!
CAB. 1.º ¡Qué discurso, ¿eh?... De esos entran pocos en legislatura!
GERM. ¿Usted lo habrá oído, por supuesto?
GEN. ¿El qué?
GERM. El discurso de Pozo Hondo.
GEN. (Muy tranquilo.) No; si no lo ha pronunciado.
CAB. 2.º ¡Ah! ¡Ah! (Movimiento general de estupefacción; don Cárlos se sonríe irónicamente.)
CAB. 2.º ¿Qué dice usted?
GERM. ¿Y cómo ha sido eso?
GEN. No habiendo sesión...
GERM. ¿No?
GEN. No... es decir, sí, pero solamente para leer el decreto de suspensión de sesiones.
GERM. Al cual seguirá el de disolución.
GEN. Es lo más probable.
CAB. 1.º (Muy abatido.) ¿De modo que no hay crisis?
GEN. Por ahora, al ménos, no la hay.
CAB. 2.º (Muy abatido.) ¡Oh!

CAB. 1.º A pesar de lo que decían los periódicos...

GEN. ¡Bah! Si fuésemos á creer lo que dice la prensa de oposición, tendríamos crisis á diario. (Rato de pausa.)

CAB. 1.º Señores; si lo de la crisis no es cierto, nuestra presencia aquí es inútil.

CAB. 2.º Completamente inútil.

CAB. 1.º Don Luis vendrá muy disgustado.

CAB. 2.º ¡Oh, sí!

GERM. Además, estará rendido.

CAB. 1.º El preparar un discurso es molesto.

CAB. 2.º ¡Ah!

GERM. Sobre todo, para no pronunciarlo.

CAB. 1.º Lo mejor de todo, por ahora, es no importunar.

GEN. (Cierto.)

CAB. 1.º Vamos.

CAB. 2.º Vamos. (Despedida cortés, pero fría. Carlos acompaña á los caballeros hasta la puerta.)

GEN. (Que se ha ido rezagando con disimulo.) Pues yo no me voy.

GERM. Pues yo me quedo. (Se encuentran en el proscenio.) ¿Qué? ¿No acompaña usted á esos caballeros?

GEN. No; necesito ver al marqués y...

GERM. También yo quiero hablarle

GEN. (Mirando el reloj.) Lo malo será si tarda mucho... (Aparte.) Si pudiera echarle de aquí...

GERM. Y es muy posible que se retrase...

GEN. ¿No le parece á usted lo más prudente que imitemos á los otros?

GERM. Iba á proponer á usted lo mismo.

GEN. (A Carlos.) El marqués tarda mucho y nosotros nos retiramos. (A Carlos más bajo.) Voy á ver si me deshago de este importuno y vuelvo en seguida; suplico á usted que se lo diga á Pozo Hondo. (Alto.) D. Carlos...

GERM. Señor don Carlos. (En voz baja.) Hágame usted el favor de decir al señor marqués, si vuelve, que deseo hablarle.

CAR. Pero...

GERM. No se enojará, estoy muy recomendado... Soy el protegido de su sobrina.

CAR. ¡Gran protección! (Irónico.)

GERM. Por eso digo. (En voz más baja.) Así que dé esquinazo al General, estoy de vuelta.

GEN. ¿Vamos?

GERM. Vamos. (Se van el General y don Germán.)

ESCENA IX

CABLOS y LUIS

(Carlos, que acompañado al General hasta el foro, hace allí un saludo y baja al proscenio. Luis sale por la puerta de sus habitaciones.)

CAR. ¡Hola!

LUIS Buenas tardes.

CAR. Aquí has tenido á medio Madrid.

LUIS Lo sé. Hace ya un rato que he llegado; entré por el jardín y esperé á que te dejasen solo. Tenemos que hablar.

CAR. Hablemos. (Sonriendo.) ¿Es largo?

LUIS No. (Pausa breve.) Me figuro que estarás enterado de lo que ocurre.

CAR. Sí; que hay crisis.

LUIS ¿Qué me importa la crisis? Hablo de lo que me sucede á mí.

CAR. ¿Pero qué te sucede?

LUIS ¿No sabes?

CAR. Ni una palabra.

LUIS Dá lo mismo... no tardarías mucho en saberlo. (Con amargura.) Dentro de muy poco se hablará del hecho en todo Madrid; mis enemigos aprovecharán la ocasión para ponerme en caricatura .. Seré la burla de toda España

CAR. No exageres, hombre de Dios; estás muy exaltado... tranquilízate y hablemos con formalidad.

LUIS (Procurando serenarse.) No deseo otra cosa. (Pausa breve.) Salgo de Madrid esta misma noche.

CAR. ¿A dónde vas?

LUIS No lo sé.

CAR. ¿Por mucho tiempo?

LUIS Tampoco lo sé.

CAR. Pero, hombre; no sabes nada.

LUIS Nada. Por ohora, solamente quiero huir... huir... huir muy pronto y muy lejos de estos sitios que me recuerdan mi locura... de estas gentes que me señalarán con el dedo. Después... después los sucesos determinarán mi linea de conducta.

CAR. (Bruscamente.) Bien, ¿y qué? ¿Tienes deseos de viajar? Viaja muy enhorabuena. ¿Que vuelves? Bueno. ¿Que no vuelves? ¡Tal día hizo un año! ¿Para qué te hago falta yo en todo esto?

LUIS Para que me prestes dos servicios que solamente de tí puedo solicitar.

CAR. ¿Y son?

LUIS Que te encargues de entregar á Dorotea unos papeles que para ella escribí anoche y que te daré después con algunas instrucciones verbales.

CAR. (¡Aquí de mi diplomacia!) Papeles, instrucciones... acabáramos. ¡Ah, querido Luis; te veo en mal camino, en muy mal camino.

LUIS ¿Cómo? (Sorprendido.)

CAR. No pretendas negármelo; sería inútil. En tu rostro, en tus ademanes, hasta en el tono de tu voz, estoy adivinando que te dispones á representar la escena del *esposo pródigo* que torna, arrepentido y contrito, al hogar paterno... de su esposa. Mira, Luis: yo, por Dorotea, lo celebro. Al cabo y al fin es mi hermana. Pero, en lo que se refiere á tí, en ese desenlace de tu novela amorosa, me pareces ñoño de solemnidad.

LUIS Pero, Carlos, ¿ni aun en estos momentos críticos has de hablar en serio?

CAR. Pues ya se sabe. Yo no tengo seriedad; para serio, tú. (Cambio de tono.) Seriamente hablo, y muy en serio te digo que se me antoja de una inocencia primitiva esa contrición motivada... vaya usted á saber... por alguna infidelidad de tu Rafaelita.

LUIS (En tono de ira.) ¡No me nombres á esa mujer!

CAR. (En son de broma, y remedándole.) No me nombres á esa mujer... Pues, alma de Dios, ¿tienes más que reñir con el rival favorecido y

alojarle una bala en el craneo? Esto, tratándose de la mujer propia, sería de mal tono; pero cuando se trata de la querida, es muy *fin de siecle...* Por el contrario, si solicitas perdón de tus culpas y pecados, aparte de que juzgo muy dificil que te lo concedan, vas á ser, no lo dudes, chico, la fábula del mundo elegante.

LUIS Te equivocas de todo en todo. No estoy arrepentido, ni solicito perdón. En los papeles que has de entregar á Dorotea, sólo hay, fuera de la cuestión de intereses, una despedida cariñosa é irrevocable.

CAR. Eso ya es distinto.

LUIS Y no te figures que á proceder así me obliga el miedo de parecer ñoño, como tú dices. ¿Qué podía importarme eso? Las murmuraciones de los necios nunca han ejercido influencia en mi ánimo; pero, después de lo sucedido, no puedo continuar siendo jefe de una familia ante la cual estaré desprestigiado. Sin el amor de la esposa, es posible vivir á su lado: sin su estimación, no; y Dorotea no puede ya estimarme. (Mirando á Carlos como si buscase en sus ojos una rectificación.)

CAR. Es claro. (Muy sosegado.)

LUIS Además, es muy posible, es casi seguro, que sus quejas, sus lágrimas, ya me hayan hecho aborrecible para mis propios hijos. (Sigue mirándole del mismo modo.)

CAR. Sí; la verdad es que no podía decirles de tí mucho bueno. (Siempre con sencillez.)

LUIS (Meditabundo.) Sí; es cierto.

ESCENA X

DICHOS y CRISTINA

CRIS. ¿Me llaman los señoritos?

LUIS No. (Continúa abismado en sus reflexiones.)

CAR. Ya oyes que no. (Aparte á Cristina.) (¿Qué ocurre?)

CRIS. (Idem á Carlos.) (La señorita ha venido.)

CAR. (¿Dónde está?)
CRIS. (Ahí.) (Señalando á la izquierda.)
CAR. (Que me espere.) (Vase Cristina.)

ESCENA XI

LUIS, CARLOS

CAR. ¿De modo que la idea del duelo no te seduce?
LUIS No digas necedades. ¿Iba á batirme con mi ahijado?
CAR. ¡Já, já, já! ¿Conque Félix, ese niño gótico, es tu rival? Tiene mucha gracia, muchísima.
LUIS No se la encuentro.
CAR. Porque tú eres muy serio; y para los hombres serios no hay nada gracioso.
LUIS Además: no se trataría solamente de Félix, sino de media humanidad, porque resulta ahora que esa miserable ha sido...
CAR. No me lo digas. Lo había adivinado.
LUIS ¿Tú?
CAR. Yo, y cualquiera. Las señas eran mortales. Pero, ¿cómo te asombra eso? ¿Pretendías, por ventura, que una casta Susana se prestase á que fueses su tío postizo?
LUIS Ese es el error... y eso es justamente lo que me irrita. Rafaela .. esa infame... es real y efectivamente sobrina mía.
CAR. ¿Cómo?
LUIS Es viuda de mi sobrino Pepe, á quien tú conociste.
CAR. ¿Y cómo se dejó engañar aquel pobre muchacho?
LUIS No lo sé; pero sobre la legitimidad de su matrimonio no puedo tener la más pequeña duda. Esa aventurera ha entrado en mi familia para deshonrarla. (Transición.) No te negaré ¿á qué conduciría negártelo, si lo sabes? que he amado á Rafaela...
CAR. Y todavía la quieres.
LUIS ¡No; te lo juro!
CAR. Pues, hijo mío, lo parece.

LUIS No, Carlos, no. ¡El golpe ha sido rudo, muy rudo, pero eficaz! Yo—te lo confieso—estaba loco. Esa mujer se había apoderado de mí por completo. Pero, al pensar que ha hecho de mí, á sabiendas, su juguete... al recordar que la he presentado en todas partes, y con orgullo, como mi sobrina... ¡á ella!... ¡¡á ella!! á quien muchos habrán visto y habrán conocido en París como Félix la ha conocido... siento tal odio contra ella y tanto desprecio hacia mí, que la locura ha desaparecido del todo.

CAR. Luis, créeme: esos odios se desvanecen y...

LUIS No; hay ofensas, hay ruindades que no se olvidan nunca. (Cambio de tono.) Mira; si esa mujer... Porque tú lo sabes: mi pobre sobrino, Dios me libre ofender su memoria, era imbécil. Ella pudo engañarle, lo engañó. Sea. Es la ley del mundo; los imbéciles nacen para ser engañados por los listos. Por eso digo, si esa mujer hubiera sido franca, si me lo hubiese confesado todo... tanto la quería yo... de tal manera me subyugaba... que todo se lo habría perdonado. Pero, ¿crees que yo hubiese intentado acercarla á mi hija? ¡Cómo habría pasado por mi imaginación el imponerla su trato, su amistad, á la digna, á la honrada!... ¡á la santa! Porque Dorotea es honrada y es santa!

CAR. Honrada, sí; santa... qué se yo. Entiendo tan poco de achaques de santidad... (Pausa.) De todo lo cual deduzco en substancia, que lo que te saca de tus casillas es, lisa y llanamente, haber sido tam imbécil como tu sobrino.

LUIS No ves...

CAR. Veo perfectamente; en el fondo no hay otra cosa. Por sí ó por no, antes de que el lance se divulgue, emigras. Me parece muy buen recurso el de la fuga... y, además, me alegro de que emigres.

LUIS ¿Te alegras?

CAR. ¡Con toda mi alma!

LUIS ¿Por qué?

CAR. Porque ya veo en tí un nuevo adepto para mis doctrinas disolventes.

LUIS ¿Bromas ahora?

CAR. No bromeo jamás; soy, lo he sido siempre, revolucionario de corazón; sólo que no ejerzo... porque aquí únicamente los hay de mentirijillas. Por eso me alegra el alma tropezar con alguno que lo es de veras, como tú y los que á tí se parecen.

LUIS ¿Que yo soy revolucionario? Pero, ¿estás en tu juicio?

CAR. Vaya... tú, tú, el conservador de siempre, el aristócrata, el capitalista... tú y tus iguales, que formáis esas clases directoras ó directrices, ó como tú quieras... sóis los hombres del progreso. Quizá vosotros mismos no lo sabéis, pero los verdaderos revolucionarios sóis vosotros... En vosotros está la única esperanza de los que soñamos con derribar todo lo existente...: instituciones, creencias, familia... todo, vamos, como se dice todo...

LUIS ¡Estás delirando!

CAR ¡Sí, delirar!... Pero, ¿te has caído de algún nido? ¿Cómo y dónde vives, que no ves lo que vemos todos?

LUIS ¿Qué véis?

CAR. Por regla general, ¿qué es lo primero que hacen los casados pudientes? Limpiar de chiquillos la casa: éste á Francia, aquél á Inglaterra, esotro á Suiza... Ea, ya quedó la casa tranquila: sin alborotos que quitan el sueño, sin juegos que sobresaltan, sin risas alegres que crispan el sistema nervioso... ahora... ¡ancha Castilla! El marido por un lado, la mujer por otro...; él á sus paseos á caballo, á su casino y á sus queridas; ella á sus *modistos*, á su teatro y hasta á sus amantes, si llega el caso, que sí suele llegar... ¿Eso es estar casados?... Dicen que sí. La felicidad los desune... Sobreviene á cualquiera de ellos una desgracia, ¿cómo va á turbar las diversiones del otro, buscando un consuelo que éste ni quiere, ni sabría darle?... La desgracia los desune más. Eso te ocurre á tí... has

experimentado una contrariedad... y no buscas en el seno de tu familia el remedio... huyes... y haces perfectamente, y yo te aplaudo... Que hagan lo mismo que tú tus compañeros y se acabó la familia... ¡Dime ahora que no eres revolucionario!... ¡Te felicito y me alegro!

LUIS (Mientras Carlos ha dicho el último parlamento, ha tratado de interrumpir varias veces, haciendo gestos de protesta; por último queda sumergido en profunda meditación.) ¡¡La familia!! (Como maquinalmente.)

CAR. Sí, Luis; la familia se vá... No por donde pensáis los que fingís escandalizaros de predicaciones tan candorosas cuanto inofensivas... sino por ese proceder vuestro, que yo á fuer de reformador aplaudo. Pero me habías hablado de otro favor... ¿Cuál es?

LUIS (Muy abatido.) Casi lo había olvidado... Hoy están invitados á comer aquí algunos amigos... Excusa mi ausencia como te parezca mejor... ¡Yo no podría soportar ese martirio!

CAR. Pero...

LUIS Te lo ruego.

CAR. Basta: te representaré... Voy á vestirme y vuelvo. ¿Cuándo partes?

LUIS Esta misma noche... En mi despacho hallarás los papeles para Dorotea, y si no nos vemos ya... dejaré una carta para tí, con indicaciones... Gracias por todo...

CAR. Creo, efectivamente, lo mejor, que te ausentes lo más pronto que puedas... En asuntos de cierta índole, el peligro está en la tardanza. Adiós. (Aparte.) Por mí he hecho lo que he podido para que no se vaya; ahora que los demás me ayuden. (Vase.)

ESCENA XII

LUIS solo. (Permanece un momento sentado y como hablando consigo mismo; después se levanta y se pasea agitado)

¿Se burlaba de mí? ¡Ha comprendido que yo buscaba en la contradicción, en la disputa, el medio de enardecerme y hallar las

fuerzas que necesito para realizar mi propósito! ¡Oh, la familia! Tiene razón Carlos... La felicidad debilita sus lazos, la desgracia los deshace del todo. (Pausa.) No, no es verdad el desengaño amargo, la desventura... los fortalecen... ¡Qué feliz el que posee el cariño de la esposa honrada, el que goza las caricias de los hijos queridos, y el respeto y la consideración de todos!... Hasta ese no llegan, no pueden llegar, las estúpidas burlas de algunos centenares de hombres ruines, que ó no lo comprenden, ó lo envidian. Yo... (Transición. Se pasa la mano por la frente.) ¿A qué pensar en esto? Yo tenía familia; ya no la tengo. Estoy solo; (Mirando á todas partes.) completamente solo... ¡Me han olvidado!... ¡Oh, no, no,... Seamos justos... Los abandoné y ellos... ellos me olvidan... en su derecho están... ¡Pero acaso no deberían hacerlo!... Por primera vez en mi vida, siento la pesadumbre de la soledad y del olvido... Mi hermano tiene razón... Es conveniente apresurar el viaje. (Toca el timbre.)

ESCENA XIII

LUIS, FRANCISCO

FRAN. ¿Señor?

LUIS ¿Está todo dispuesto?

FRAN. Todo.

LUIS ¿Podemos partir en seguida?

FRAN. Cuando el señor disponga. Las maletas están cerradas; no hay sino bajarlas al coche.

LUIS (Aparte.) Voy á escribir dos líneas á Carlos. (Repara en el bronce.) ¿Qué es esto? No lo conozco. (A Francisco.) ¿Quién ha traído aquí esta escultura?

FRAN. No lo sé. Si el señor quiere, se lo preguntaré á Cristina: ella fué la que dijo que la colocasen ahí.

LUIS Sí, pregúntalo.

FRAN. Voy. ¡Cristina! (Vase.)

ESCENA XIV

LUIS, después LEANDRO

LUIS — Es un bronce magnífico. (Contemplándola.)

LEAN. — Buenas tardes, papá... ¿Qué te parece mi regalo?

LUIS — (Sorprendido.) ¡Leandro!... ¿Tú?...

LEAN. — Sí, yo; pero, ante todo, que los tengas muy felices. Si me lo permitieses, te daría un abrazo...

LUIS — Te lo permito. (Se dán un abrazo.) Aunque no debía permitírtelo... ¿Por qué no has venido un poquito más tarde á darme los días?

LEAN. — ¡Oh, no he tenido yo la culpa!... Bien temprano vine esta mañana con los mozos que trajeron ese armatoste.

LUIS — Una obra de arte.

LEAN. — Encargada exprofeso para tí... Como puedes ver en la dedicatoria. (Señalando á la peana.) Pero no estabas, y hube de dejarlo sin verte.

LUIS — Eso es distinto... yo creí... temía... Vamos... te permito que me dés otro abrazo.

LEAN. — Gracias. (Otro abrazo.) ¿De modo que el recuerdo te gusta?

LUIS — Mucho, es magnífico; pero, ¿te habrá costado un dineral?

LEAN. — ¡Pch! No mucho. Mis pagas del primer semestre... ¿En qué cosa mejor podía haberlas empleado?

LUIS — ¡Gracias, Leandro! (Estrechando su mano.) ¡Gracias, hijo mío!

LEAN. — Por la tarde volví; aunque no solo.

LUIS — ¿Eh? (Con interés.) ¿Quién vino contigo?

LEAN. — Luisita... que traía un hermosísimo ramo de flores que ella misma había hecho para tí esta mañana.

LUIS — ¿Y ese ramo?

LEAN. — Ahora te lo trae la florista en persona que se ha separado de mí para ir á buscarlo... Ahí la tienes.

ESCENA XV

DICHOS, LUISITA con un hermoso ramo de flores

LUISITA Papá, muy buenas tardes... dame un beso...

LUIS ¡Mil, hija mía!

LUISITA ¡Me debes muchos!

LUIS Hermoso ramo... (Lo coloca en un velador.)

LUISITA Pues mira, he tardado mucho en arreglarle. Hay ahora tan pocas flores... ¡Pero cuántas ganas tenía de verte, y el pobre Pepín!

LUIS ¿Y dónde está Pepín?

LUISITA En casa de tío Carlos.

LUIS ¿De modo que os acordábais siempre del papá? (Luis coge del brazo á su hija muy cariñosamente y se pasea con ella acariciando sus manos.)

LUISITA Sí, siempre. Y no hacíamos más que pedir á Dios que te pusiera bueno... (Dándose una palmada en la boca.) ¡Bah!

LUIS ¿Cómo?

LUISITA ¡Bien decía mamá que se me escaparía en seguida!

LUIS ¿Pero el qué? Díme.

LUISITA ¿Y no te afligirás?

LUIS No, hija mía; quiero que me lo digas todo.

LUISITA Pues bien... mamá no quería que te hablase de tu enfermedad, por no entristecerte; pero ya sé que has estado muy enfermo. Ahora estás bien, ¿verdad?

LUIS Sí, hija de mi alma; muy bien. ¿Conque tu mamá?..

LUISITA Como venía á verte todos los días, después iba al colegio para decirnos si estabas mejor, y entonces nos llevaba esas cosas tan lindas que le dabas tú para nosotras.

LUIS (¡Oh!) ¿Y qué más?

LUISITA Los domingos nos sacaba á paseo y después veníamos aquí en el coche. Mamá subía á verte; nosotros nos quedábamos aguardándola; porque decía el médico que el ruido podía hacerte daño. Pepín y yo, ofrecíamos estarnos muy quietos... pero ella no quiso que subiésemos nunca. Luego baja-

ba. La pobre mamá bajaba casi siempre llorando... y nos besaba, nos besaba...—¿Se ha puesto peor papá? le preguntábamos, y ella nos decía:—no, está mejor...—Pero, ¿cuándo vamos á verle?...—¡Pronto, hijos míos; Dios querrá que sea pronto!.. (Emoción en Luis.) Pero, ¿lo ves? Ya te estoy afligiendo... ¡bien decía mamá! Si soy lo más tonta... verás cómo me riñe...

LUIS — No, hija mía; no te reñirá. (Es un angel...) Y hoy, ¿no ha venido la mamá?

LUISITA — No, he venido con Leandro.

LUIS — ¿Y ella?

LUISITA — Está en casa del tío.

LUIS — (Levantándose bruscamente.) Vamos á buscarla. (Yo la pido perdón.) (Toca el timbre y grita.) ¡Francisco!

ESCENA XVI

DICHOS, FRANCISCO

FRAN. — El coche está enganchado, y acabo de bajar las maletas.

LUIS — (Con rapidéz.) Pues que desenganchen; ya no nos vamos.

FRAN. — Corriente.

LUIS — ¡Francisco!

FRAN. — Señor.

LUIS — Que no desenganchen... Vamos.

FRAN. — ¿Pero nos vamos ó no nos vamos?

LUIS — Voy á salir yo con la señorita.

FRAN. — ¿Y las maletas?

LUIS — No hacen falta.

FRAN. — Está bien. (Vase.)

ESCENA XVII

DICHOS menos FRANCISCO

LUIS — Leandro, baja con Luisa, y esperadme en el coche. Voy á tomar unos papeles en el despacho y bajo en seguida.

LEAN. — (A Luisita.) Vamos. (A Luis.) Hasta luego.

LUIS — Hasta ahora mismo. (Mutis.)

ESCENA XVIII

LEANDRO, LUISITA, CARLOS

CAR. (Al entrar se encuentra con Luisita y Leandro que salen corriendo.) ¿A dónde váis con tanta prisa?

LUISITA (Deteniéndose.) ¡Hola, tío! Pues nos vamos á buscar á mamá... Si vieses... Papá está completamente bueno; pero ya se le conoce al pobre que ha estado malo.

CAR. (Sonriendo.) Ya lo creo que se le conoce .. pero si váis á buscar á tu madre, no tenéis que andar mucho... Está aquí.

LEAN. / LUISITA } (Unidos.) ¿Aquí?

CAR. Sí (A Luisa.), en el comedor la tienes; dando ánimos al mayordomo, que no sabe lo que le pasa.

LUISITA (Dirigiéndose al comedor.) Voy... (Cambiando de opinión.) Antes se lo diré á papá. ¡Vaya si se pondrá contento! papá, papá. (Se va corriendo por la puerta que da á la habitación del marqués.)

ESCENA XIX

CARLOS y LEANDRO

LEAN. ¿De modo qué?... ¿Sabe usted tío, que no acabo de comprender lo que ocurre?

CAR. Tampoco yo lo comprendía; pero... (Se lo lleva aparte y allí continúa hablando en voz baja.)

ESCENA XX

DICHOS, GENERAL y DON GERMÁN

GEN. (Por el foro.) Creí que no me dejaba en todo el día ese posma de don Germán. (Mirando hacia atrás con recelo.) ¿Vendrá aún?

GERM. ¡Dichoso General! pensé que no me soltaba.

(Mirando hacia atrás.) Aún me parece que le oigo. (Vuelve don Germán la cabeza y se hallan frente á frente: sorpresa muda.)

GEN. ¡Qué veo! ¿Usted por aquí? ¡Cuánto lo celebro! (Aparte.) ¡Qué no reventases!

GERM. ¡General, otra vez juntos! ¡Me felicito! (Aparte.) ¡Mal rayo te parta! (Se retiran para hablar juntos.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, LUIS y LUISITA, DOROTEA, TULA y convidados

LUIS (Saludando.) Señores... (A Carlos.) ¿Dónde está Dorotea?

CAR. Pues está... (Señalando al foro.) Mírala allí; en su puesto de ama de casa; recibiendo á tus convidados. (Tula y Dorotea saludan y cambian de apretones de manos.)

LUIS (Para unos instantes como perplejo, después se lanza hacia Dorotea con propósito ostensible de arrojarse á sus piés. Dorotea le tiende la mano y le contiene con una mirada cariñosa, indicándole á los que le rodean. El efecto de situación queda á cargo de los actores.) ¡Dorotea! ¡Ah! ¡Dorotea!

DOR. (En voz alta.) Luis, no puedes imaginarte lo que celebro que se haya suspendido la sesión. (Aparte á Luis.) Repara que nos miran.

LUIS (Aparte á ella.) ¿Qué me importa? Dorotea, me has conservado el cariño y el respeto de mis hijos... gracias .. ¡y que Dios te bendiga! (Dorotea y Luis siguen hablando en voz baja.)

GEN. (Á Tula.) ¿Vuelve usted á ser amiga de la marquesa?

TULA Nunca dejé de serlo... y ahora calcule usted... como me está agradecida...

GEN. ¿Agradecida?

TULA Pues si no hubiera sido por mi hijo, no hubiese roto el marqués con aquella pícara.

GEN. ¿Aquella pícara? ¡Vaya un modo de tratar á las amigas!

TULA Amiga mía no lo ha sido nunca, gracias á Dios. (Siguen hablando en voz baja.)

LUIS (Á Dorotea.) ¿Y me perdonas?

DOR. Nada tengo que perdonarte, lo he olvidado todo...

LUISITA (Que se ha aproximado poco á poco á su madre y oye sus últimas palabras.) ¿Qué has olvidado?

DOR. ¿Qué?... Que es ya (Sonriéndose con cariño y mirando á Luis.) hora de que vuelvas al colegio.

LUISITA ¿Hoy también? (Muy triste.)

LUIS (Abrazándola.) Ni hoy ni nunca, hija mía, ya no te separas de mí; ni Pepín tampoco... que vayan á buscarle en seguida. (Á Carlos.) Aunque se burle este revolucionario de pega. A ver si dice ahora... que la familia se va...

CAR. Se va... (Riendo.) pero vuelve.

GEN. (Á Tula.) ¿Y no la convence á usted ese cuadro?...

TULA El cuadro precisamente no... pero hablaremos, General, hablaremos...

MAY. La señora está servida. (El General y don Germán hacen movimiento para despedirse; Carlos entonces los detiene con un ademán, y dice):

CAR. ¡Alto! está prohibida la retirada... es necesario que usted (Á don Germán.) y también usted (Al General.) tomen parte en esta fiesta de familia... fiesta para la cual ni ustedes, ni yo venimos preparados... General, dé usted su brazo á Tula, lo está usted deseando; tú (Dirigiéndose á Luis.) á tu mujer, que ya transigirá por hoy con esta infracción de las leyes del buen tono. (Á Luisita.) Y usted, señorita; ¿acepta el mío?... (Luisa toma riéndose el brazo de Carlos.) Y ahora al comedor; estas emociones hondas despiertan horriblemente el apetito. (Movimiento de marcha hacia el comedor. El General da el brazo á Tula. Luis á la Marquesa y Carlos á Luisita. Telón lento.)

FIN DE LA COMEDIA

[334.10]

LAS OREJAS

ENTREMÉS CÓMICO

ORIGINAL DE

JOSÉ QUILIS PASTOR

(SEGUNDA EDICIÓN)

Estrenado en el TEATRO PRICE de Madrid, la noche del 31 de Marzo de 1906.

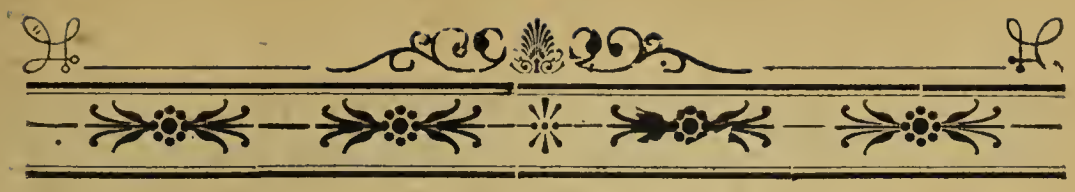
MADRID
IMPRENTA «EL TRABAJO»
JACOMETREZO, 71

1909

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
RUPERTA	Sra. Romero.
LUCAS	Sr. Portes.
VICENTE	Abad.

Las indicaciones del lado del actor.



LAS OREJAS

Gabinete regularmente amueblado. Puertas laterales y al foro. En izquierda, arrimada á la pared, una mesa rectangular

ESCENA PRIMERA

LUCAS con bata. Paseándo alegremente

¡Decididamente se lo digo!... ¡Qué caramba! Ya voy siendo viejo y necesito que alguien disfrute conmigo, de igual á igual, de mis ahorros. Además, sus servicios, su laboriosidad y su economía merecen una recompensa.,. Ella está de buen ver y yo estoy de buen mirar. (Llamando hacia derecha.) ¡Ruperta! ¡Ruperta! (Paseando.) ¡Estaría bueno que me diese calabazas!

ESCENA II

LUCAS y RUPERTA en la puerta lateral derecha

RUP. ¿Qué manda usted?

LUC. Acércate, mujer. (Ruperta pasa á escena, pero conservándose á distancia.) Hoy me encuentro de buen humor y consiento que me abraces.

RUP. ¡Usted se ha vuelto loco!... ¡Que le abrace su abuela!

LUC. ¿Pero tú sabes el día que es hoy?

RUP. El de su santo. Llevo diez años á su servicio y sólo el día de su santo se come aquí perdiz trufada.

LUC. Pues eso no es bastante, porque hoy tengo un convidado.

RUP. ¿A qué hora van á comer?

LUC. A las dos, á la hora de costumbre.

RUP. ¿Y es la una y media? ¡Imposible preparar otra cosa!

LUC. Pues hay que prepararla. (Acercándose cariñosamente.) Mira, yo te ayudaré, y entre los dos...

RUP. (Dando un respingo.) Entre los dos no podemos hacer nada. Usted lo que puede hacer es ir por los cigarros.

LUC. No es un hombre.

RUP. ¿Es una señora?

LUC. Tampoco.

RUC. (Asombrada.) Entonces, ¿es qué?

LUC. Una señorita.

RUP. ¿Cómo? ¿Juergas aquí? ¡No lo consentiré!

LUC. ¡Vaya si lo consentirás!

RUP. Antes me arregla usted la cuenta y me marcho.

LUC. Pero si la conoces.

RUP. ¿Cómo se llama?

LUC. Ruperta.

RUP. ¡Ruperta! No conozco á ninguna Ruperta que vaya á comer á casa de un hombre soltero, (Indignada.) ¡Será una sinvergüenza, una cualquier cosa, una!...

LUC. (Interrumpe riendo.) Pues eres tú.

RUP. ¡Yo!

LUC. Sí, tú misma,

RUP. ¡Que no tengo ganas de broma!

LUC. Escucha, Ruperta. No es broma, es que me he cansado de estar soltero.

RUP. Sí ha tenido usted tiempo de cansarse.

LUC. Y como no estoy en edad de ir á hacer telégrafos á las muchachas...

RUP. Son ellas las que no están en edad de contestarle.

LUC. Y como no voy á encontrar ninguna mujer mejor que tú, (Ruperta se engríe.) y por el refrán que dice: «más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer». (Transición en Ruperta.) Me he dicho: ¡qué demonio! me caso con Ruperta, á nadie tengo en el mundo, y si muero antes que ella, por desgracia...

RUP. ¡Mire qué gracia!

LUC. Queda con mis ahorros su porvenir asegurado ¿Qué te parece?

RUP. (Pausa.) Que como no voy á encontrar ningún hombre mejor que usted, (Los movimientos de Lucas más marcados que cuando los hacía Ruperta.) y como dice el refrán: «más vale lo malo conocido...» acepto con gusto lo que usted me propone.

LUC. (Entusiasmado.) ¡Viva mi niña! Ya siendo el corazón que me dice: ¡Adelante! (Avanzando para abrazarla.) ¡Adelante! ¡Adelante¡

RUP. Y yo el mío que me dice: ¡Atrás! (Retrocediendo.) ¡Atrás! ¡Atrás!

LUC. Hasta ahora, á ninguna mujer había yo hablado de cariño.

RUP. ¿De verdad? ¿No ha tenido usted nunca novia?

LUC. ¡Nunca! ¡Tú eres mi primer amor, te lo juro!

RUP. ¡Como son ustedes tan pillos!

LUC. Hay que celebrar este acontecimiento. Comeremos juntos. Primero la perdiz, después fruta, pescado, flan, natillas, en fin, vamos á echar á perder todo lo que se nos ponga por delante.

RUP. Hasta el estómago, porque con esa mezcla no puede resultar otra cosa.

LUC. Bueno; pues toma (La da dinero.) y trae lo que tú quieras. ¡Aquí no hay más voluntad que la tuya! ¡Pero pronto, en seguida, corre, lo que esté más cerca! (Ella hace medio mutis.)

RUP. (Volviendo.) El carnicero de la esquina tenía esta mañana unas hermosas orejas de cerdo.

LUC. Pues tráete las orejas del carnicero de la esquina.

RUP. Tardaré poco. (Entra en derecha.)

LUC. (Sentándose.) ¡El hombre es *ciego* y el amor es *débil!*

RUP. (Sale con una cesta al brazo.) (¡Pobre don Lucas, tan bueno y le he desairado!) (Acercándose.) ¡Don Lucas!

LUC. ¿Qué?

RUP. (Ruborosa.) Dispénseme usted de lo de antes... pero si quiere...

LUC. ¡No te entiendo!

RUP. ¿No le decía el corazón, adelante?

LUC. Sí, ¿pero qué?

RUP. (Acercándose más.) ¡Que adelante!

LUC. (Comprendiendo.) ¡Ah, vamos! (La abraza estando la cesta entre los dos, lo que les obliga á adoptar una posición ridícula.) En cuanto nos casemos, tomas criada, porque tú no debes llevar la cesta.

RUP. Hasta luego, granuja.

LUC. ¡Adiós, pimpollo! (Mutis Ruperta por el foro, haciendo carantoñas.)

ESCENA III

LUCAS

¡Qué contenta va y qué contento me quedo! Hoy voy á comer mejor que en toda mi vida. Tengo ganas de saltar, de bailar. (Baila ridículamente.)

ESCENA IV

LUCAS y VICENTE

VIC. (Desde la puerta. Voceando.) ¡Lucas!

LUC. (Sorprendido.) ¡Caballero!... ¿Cómo? ¿Eres tú, Vicente.

VIC. Yo mismo. (Entrando.) ¿Pero te has vuelto loco, que estás bailando?

LUC. (Confuso.) No, hombre... Si es que... me aprieta esta bota. (Se lleva la mano á la bota y da una vuelta con el pie levantado.)

VIC. Abrázame, hombre.

LUC. Con todo mi corazón. (Se abrazan.) ¿Cómo tú por aquí? ¿Cuándo has llegado? ¿Qué te trae? ¿Y tú mujer? ¿Y tus hijos? Habla, Vicente, habla.

VIC. (Sentándose.) Acabo de llegar y me he dicho: lo primero á ver al amigo Lucas, al compañero de mi juventud.

LUC. ¡Tan campechano como siempre! ¿Y tu mujer?

VIC. ¡Está bien donde está!

LUC. ¿Cómo? ¿no vivís juntos?

VIC. No, porque tuvo la feliz ocurrencia de morirse hace tres años.

LUC. ¿Por qué no escribiste?

VIC. ¡Bah! ¡Eso no merece la pena! Cuando uno lleva veinte años de marido, ya tiene derecho á ser viudo. ¡Desde la muerte de mi pobre difunta, vivo con tranquilidad! Era gruñona, sucia, y en cuanto á belleza, la tomaban por mi tenedor de libros, que tiene más bigote que tú.

LUC. ¡Já, já, já! ¡Tan mala cabeza como siempre!

VIC. Además, sólo se ocupaba en darme hijos. Los dos primeros hicieron mi felicidad; el tercero, me hizo cavilar; el cuarto, me hizo tilín el quinto, sudar; el sexto, echar el kilo; el séptimo, maldecir hasta de mi sombra; el octavo...

LUC. (Interrumpiendo asombrado.) ¿Pero cuántos te dejó?

VIC. Diez.

LUC. ¡Diez hijos!

VIC. Tuvimos once, pero el último, que era el más joven, se murió. Cuando estaba oliendo á... chicos y mirando á aquel ogro con faldas, me acordaba de nuestra pandilla, de *El Disloque*, como la llamábamos.

LUC. ¡Cuánto nos divertíamos!

VIC. ¡Como que no había semana que no durmiésemos un par de noches en la delegación! Pero,

chico, ¿tú cuándo comes?

LUC. (¡Se va á quedar aquí!)

VIC. Tengo un hambre de diez hijos.

LUC. (Pues vas á tener de veinte.)

VIC. (En pie. Voceando.) ¡A ver; la comida!

LUC. No vocees, porque nadie te oye.

VIC. ¿Pues y tu criada?

LUC. Está fuera de casa.

VIC. (Sentándose.) ¿A qué hora comes?

LUC. Ya he comido, y no estando la criada en casa nada se te puede hacer.

VIC. ¡Qué remedio, caramba! O hay confianza, ó no la hay. Mañana vendré.

LUC. Eso es mañana.

VIC. Tenemos mucho que hablar, Luquillas. (Bromeando. Poniéndose en pie.)

LUC. (Idem.) ¡Qué buen humor!

ESCENA V

DICHOS y RUPERTA

RUP. (Entrando.) Señorito, la perdiz trufada; y las orejas ¿cómo se las pongo?

LUC. (En pie. Agitadísimo. A Ruperta.) ¡Coloradas con tus imbecilidades!

RUP. (Viendo á Vicente.) Como es tarde venía deprisa y no había reparado.

LUC. (Ya lo va arreglando.)

VIC. ¿Conque perdiz trufada? (Haciendo piruetas.) ¡Vaya un banquete que me espera!

RUP. (Alterada.) ¿Va á comer aquí el señor?

VIC. (Cantando.) Sí señor, sí señor, sí señor.

LUC. (¡Cómo sudo!)

VIC. ¿Y Decías que habías comido?

LUC. (Sin saber lo que dice.) No... sí... no... Es que yo no como... digo, sí. (¡Vaya un lío!... ¡Ah!) (Resuelto.) Sí, señor, sí que he comido. Aquí se come á la francesa, y lo que trae Ruperta es para comer

á las seis. (Ruperta hace mutis por derecha.)

VIC. Pero hoy debes alterar tus costumbres por mí.

LUC. Las alteraré si quieres que me ponga enfermo.

VIC. De ninguna manera.

LUC. La última vez que lo hice tuve una calentura atroz. Son manías, pero hay que respetarlas, porque va en ello mi salud. Igual peligro corro si cambio de sitio en la mesa, ó si me siento en otra silla que en la que acostumbro, ó si uso otro cubierto. Nada, chico, es mejor que vengas á comer mañana á las once.

VIC. Pero ¿y nuestra amistad? ¿y mi deseo de estar á tu lado? ¡Vaya, decididamente me espero! (Se sienta.)

LUC. (¡Horror! ¡La gazuza que me va á hacer pasar este pelma!)

VIC. O si no mira. (Mirando el reloj.) Son las dos, voy á ver al individuo con quien vengo á hacer el negocio, que vive en esta misma calle, y á las cinco aquí me tienes, á cazar esa perdiz y tirar de las orejas.

LUC. (¡Gracias á Dios que se va!) Conforme, te espero.

VIC. (Abrazándole muy fuerte.) ¡Adiós, Luquillas!

LUC. (¡Qué bruto!) ¡Adiós, Vicente!

VIC. Pero, chico, si estás aún guapo. (Haciendo ademán de sentarse.) ¡Me quedo para hablar de nuestra juventud!

LUC. (¡Ay!)

VIC. Pero no, me marcho. Hasta luego. (Vuelve á abrazarle. Ruperta estará junto á la puerta del foro.)

LUC. Adiós.

VIC. (A Ruperta, queriendo abrazarla.) Adiós, Ruperta.

LUC. (Sujetándole.) ¡Pero, Vicente...!

VIC. Se parece á mi mujer una barbaridad. (A Lucas.) Todas las mujeres se parecen en lo malo. (Alto.) No te cases, Lucas, no te cases. (Mutis seguido de Lucas.)

ESCENA VI

RUPERTA. En seguida LUCAS

RUP. ¡Qué hombre más antipático y más impertinente!... ¡Pues no le dice que no se case!

LUC. (Volviendo.) Al fin se ha marchado.

RUP. Pero, ¿vamos á esperarle?

LUC. Cá, mujer. Ha sido un ardid para que nos deje comer solos. Cuando vuelva á las cinco, le dices que he tenido que marcharme á un negocio urgente. Corriendo, á la cocina, á preparar las orejas.

RUP. Las pondré en el asador.

LUC. Entonces vamos á poner la mesa.

RUP, Voy por el mantel (Mutis.)

LUC. (Riendo.) ¡Qué chasco para Vicente! Si piensa comer hoy conmigo, se va á morir de hambre. (Ruperta vuelve con mantel, platos, cubiertos y pan.) ¡Vaya un olorcillo agradable! En seguida, la mesa. (Ruperta extiende el mantel. Lucas la contempla.) (¡Que en diez años no me haya fijado en la gracia de esta mujer! (Avanza despacio.) ¡Qué abrazo la voy á dar!) (En el momento de ir á abrazarla, Ruperta cambia de sitio y Lucas cae sobre la mesa.)

RUP. ¿Qué hace usted?

LUC. (Confuso.) Nada, mujer, nada. Que voy á ayudarte á llevar la mesa. Coge. (Ponen la mesa en primer término, un poco en izquierda.) ¡Ajajá! Trae lo que falte y á comer en paz y en gracia de Dios.

RUP. Pronto salgo. (Mutis derecha.)

ESCENA VII

LUCAS. A poco VICENTE

LUC. (Sentándose al lateral izquierda de la mesa.) Voy á gozar lo que nadie sabe. Como con mi novia y se la pego á un amigo. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué pillín soy! (Ríe.)

VIC. (Dentro.) ¡Lucas! ¡Ya estoy aquí!

LUC. (Dando un salto en la silla.) (¡SantoDios!)

VIC. (Entrando.) Mi hombre ha salido de su casa y no vuelve hasta la noche; así que he dicho: á charlar con Lucas hasta la hora de comer, y he venido á escape. ¡Pero calla! La mesa puesta, tú sentado á ella y esperando los manjares que despiden olor tan grato. ¿Qué significa esto?

LUC. (¡Que estoy condenado á muerte y no hay quien me indulte!) Pues muy sencillo; que he dicho á Ruperta: dispón todo para, en cuanto vuelva Vicente, sentarnos á la mesa. Ya ves, dos cubiertos para los dos.

VIC. (Abrazándole.) ¡Bravo, Lucas! Pero, ¿qué te pasa que estás tan agitado?

LUC. La alegría de ver que has vuelto tan pronto.

VIC. No te esfuerces, que ya sé que te alegras. Vaya, me siento aquí. (Sentándose al lateral frente al público.)

ESCENA VIII

DICHOS y RUPERTA, que trae en la mano un plato con fruta

RUP. (Al ver á Vicente.) ¡Ay! (Deja caer el plato.)

VIC. (Dando un salto en la silla.) ¡Demonio!

RUP. ¿Ha vuelto usted?

LUC. (Ha vuelto... á ponerme en un compromiso.)

VIC. Me parece que sí. Oye, Lucas: esta escena me recuerda aquella en que nos divertimos tanto. (Sentándose.) Paco, tú y yo teníamos tres novias de búten.

LUC. (¡Este bruto lo refiere delante de Ruperta!) (Se pone en pie.)

RUR. (Agresiva.) ¿Pues no decía usted que nunca había tenido novia?

LUC. (Paseando agitadísimo.) (¡Cristo me valga!)

VIC. (En pie.) ¿Novia éste? ¡Pobrecito, si no las tenía mas que á docenas! Decía que de novia debe mudarse como de ropa interior, todas las semanas, y si son pegajosas más á menudo. Bueno,

pues aquel día nos fuimos los tres con las tres socias á correr una juerga.

LUC. ¡Ejém! ¡Ejém!

VIC. Tú ibas muy cogidito á la Matilde.

RUP. (Iracunda á Lucas.) ¡Falso!

VIC. ¡Qué ha de ser falso, señora, si lo presencié yo! (Lucas tira de la chaqueta á Vicente.) ¡Caramba! ¿qué quieres decir con tirarme tanto de la chaqueta?

LUC. (Sofocado.) ¡Que!... (Corriendo.) Voy por el vino. (Mutis por lateral izquierda.)

ESCENA IX

VICENTE y RUPERTA

VIC. (Riendo.) ¿Qué le pasa? ¿Pero está loco?

RUP. (¿Cómo echaría yo á este hombre?... ¡Ah, qué idea!) (Acercándose á Vicente.) ¿Usted pregunta si está loco?

VIC. Lo parece.

RUP. Loco no está, pero tiene manías.

VIC. (Interesándose.) A ver, á ver.

RUP. ¿Usted está dispuesto á comer con don Lucas?

VIC. Sí.

RUP. Pues tiene usted más valor que los demás.

VIC. Más valor, ¿por qué?

RUP. ¿Qué tiempo hace que no se han visto ustedes?

VIC. Cuatro años.

RUP. (Como hablando para sí.) No hace más que dos que las tiene.

VIC. ¿Pero qué es lo que tiene?

RUP. Ya puede usted darse por contento si sale como ha entrado.

VIC. ¡Caracoles!

RUP. Yo que usted me marchaba antes que él volviese.

VIC. ¿Y dejar la perdiz trufada?... ¡En seguida!

RUP. (Cogiéndole por una muñeca le lleva melodramáticamente á un lado del proscenio. Pausa.) ¿Le hacen á usted mucha

falta las orejas?

VIC. ¡Ya lo creo!

RUP. (Llevándole al otro lado del proscenio.) ¡Pues las va á dejar aquí por atrevido!

VIC. (Desentendiéndose.) ¡Tú estás loca!

RUP. Quien está loco es él.

VIC. ¿Lucas?

RUP. Sí, señor. Desde hace dos años le dan vértigos; por eso tuvo que dejar los negocios.

VIC. ¿Y cuál es su manía

RUP. Le dan de tarde en tarde y le duran muy poco... el tiempo suficiente para cortar una oreja al que come con él... y nada más.

VIC. (Alarmado.) ¡Friolera! ¿Y en qué se conoce cuando le va á dar?

RUP. En que está muy nervioso, como hoy; en que se pone colorado; en que le brillan mucho los ojos, y en que coge con fuerza el cuchillo... ¡Yo aconsejo á usted que se marchel

VIC. (Dudando.) ¡Sí; pero esa perdiz!

RUP. ¡Sí; pero esas orejas!

VIC. ¡Es verdad!

RUP. Si él hace así con el cuchillo, (Haciéndolo.) zig, zag; zig, zag; tome usted la puerta en seguida. (Lucas se acerca cantando.) ¡Que viene! No le diga nada, ni le contradiga en nada, porque se irrita más, y en vez de cortarle una sola, le va á cortar las dos.

VIC. (Abatido Temblando.) (¡Vaya un compromiso!)

ESCENA X

DICHOS y LUCAS, que trae una botella, qne deja sobre la mesa. Esta escena queda encomendada al talento de los actores, los qne dirán más con la mínima y las pausas que con la frase.

LUC. Aquí está el vino. ¡Viva el vino y viva la alegría, Vicente!

VIC. (Con angustia.) ¡Viva!

LUC. A la mesa.

VIC. (¡Qué remedio!)

LUC. (Hay que sufrirlo.) Siéntate ahí. (Lo hacen Vicente, temblando, frente al público. Pausa.) Ruperta, trae las orejas.

VIC. (Receloso.) (¡Ay, ay, ay!)

RUP. No he tenido tiempo de arreglarlas.

LUC. Chico, lo siento. (Bromeando.) Hoy vas á comer sin orejas.

VIC. (¡Qne le da, que le da!)

LUC. (A Ruperta.) Trae la perdiz. (Coge un cuchillo y el pan y corta con grandes esfuerzos.) Estos cuchillos no cortan·

RUP. Mañana los mandaré afilar. (Mutis por dererha.)

VIC. (Mirando á Lucas que sigue cortando el pan.) (¡Uy, que colorado se pone!)

LUC. (Siempre en tono de broma.) ¡Qué diablo, cuánto tiempo sin vernos! ¡Qué placer más grande comer hoy juntos!

VIC. (¡Como le brillan los ojos!)

RUP. (Que sale llevando en la mano una fuente.) (A éste no se le indigesta la perdiz.)

LUC. Oye, Vicente, ¿te acuerdas de aquella tonadilla que cantábamos?

VIC. Sí.

LUC. ¡Cántala, anda, cántala!

VIC. (Ganitas tengo yo... Pero, ¿quién le contraría? (Tararea cualquier cosa.)

LUC. (Palmoteando.) Esa, esa es. Eras el que mejor oído tenía. Como que todos decíamos: «que oreja más fina tiene Vicente». Y la sigues teniendo, chico.

VIC. (¡Yo no espero más!)

LUC. (Tomando el cuchillo y mirando á Vicente con fijeza.) ¡Como tiemblas!

VIC. (Retirando bruscamente la silla y poniéndose en pie) (¡Me mata!)

LUC. Pero, ¿qué te ocurre?

VIC. (Azorado.) Nada, es que... me da el aire de esa puerta. (La del foro.) ¡Estoy aquí mejor! (Se sienta

frente á Lucas. Al ir á hacerlo medio ¡se cae.)

LUC. Movimiento de broma con el cuchillo en la mano.) ¡Friolero!

VIC. (Horrorizado.) (¡Dios mío!)

LUC. Trincharé la perdiz. (Se pone en pie con espanto de Vicente.)

RUP. (A Vicente.) ¡Escape usted!

LUC. ¡Nada, que no corta! (Pasando el cuchillo por el borde de la mesa.) ¡Zig, zag; zig, zag.

VIC. (Dando un salto en la silla y escapando como loco.) ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Que me mata! (Mutis por el foro.)

LUC. (Corriendo tras de Vicente.) ¡Vicente, pero Vicente! ¿Estará loco? (Ruperta ríe.)

ESCENA ULTIMA

RUPERTA y LUCAS

RUP. (Riendo.) Ese no para de correr hasta que encuentre á su difunta.

LUC. Pero, ¿qué le ha sucedido?

RUP. Todo ha sido una extratagema mía para que se marchase.

LUC. Bueno, pero...

RUP. Mientras comemos se lo explicaré á usted!

LUC. (Dirigiéndose á la mesa, pero sin llegar á sentarse)

Pues á comer sin tardar
que luego serán las quejas

RUP. Antes voy á convidar
(Al público.)
y, si aplauden, á sacar
al autor de las orejas

TELON

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los paises con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

3 0112 117492923